

An illustration in a dark, atmospheric style. A woman with long black hair, wearing a black mask and a long, flowing red dress with a black sash, stands on the edge of a dark, jagged cliff. She holds a glowing lantern in her right hand, which casts a warm light on her dress. To her left, a gnarled, leafless tree stands on the cliff. A small black bird is perched on one of its branches. The background is a misty, grey landscape with a dark sea or ocean below the cliff. The overall mood is mysterious and gothic.

2000 ROMÁNTICOS

II Certamen Juvenil
de Relatos de Terror
2017



www.loqueleo.com/es

© De esta edición:

2017, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

Printed in Spain - Impreso en España

Edición no venal

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Edición:

Marta Olivares

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega
y Álvaro Recuenco

Ilustración de cubierta: Javier Olivares

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

2000 ROMÁNTICOS

II Certamen Juvenil
de Relatos de Terror
2017

Coordinación del proyecto:
Fernando Marías & Santiago García-Clairac

loqueleg

Prólogo

Seguimos creciendo bajo el volcán de 1816 que alentó las leyendas de Villa Diodati, con sus escritores románticos y sus monstruos inmortales.

7

2000 Románticos ha cumplido su segunda edición, de la cual deja memoria este volumen. El planteamiento fue similar al del año anterior, pero ha generado en su realización hermosas sorpresas.

El II Certamen Juvenil de Relatos de Terror 2000 Románticos para alumnos de 3.º y 4.º de la ESO de la Comunidad de Madrid fue convocado por Fundación Telefónica, Loqueleto Santillana e Hijos de Mary Shelley. Como en la primera edición, veinte relatos fueron elegidos por el jurado para ser publicados en este volumen, y de esos veinte surgieron los cuatro que pasaron a la final celebrada el 22 de abril de 2017 en el Espacio Fundación Telefónica. La cosecha de este año nos ha dado una significativa fusión entre literatura de inspiración clásica, muy sólidamente asentada sobre cimientos góticos y románticos, y el interés por las nuevas tecnologías y su aplicación a la narración de terror. Hay que señalar el compromiso

social presente en algunos de los cuentos, con reflexiones sobre el acoso escolar o la violencia de género. Todo ello se encuentra en este libro.

8 *2000 Románticos* contó de nuevo con la mirada del gran ilustrador Javier Olivares, que dio vida a la heroína protagonista de nuestra imagen de este año. En paralelo, nuestros veinte finalistas contribuyeron a darle identidad proponiendo, cada uno de ellos, un nombre y unas señas de identidad personal para esa heroína, a la que tenemos la intención de hacer crecer y expandirse como personaje y como emblema. Entre los nombres presentados, el jurado eligió como más atractivo y apropiado el de Alexandra Tintanegra, ideado por la autora Inés Anguiano Vara, del IES Rosa Chacel de Colmenar Viejo.

Así pues, enhorabuena a todos...

¡Y larga vida a Alexandra Tintanegra!

Fernando Marías & Santiago García-Clairac

El jurado del II Certamen Juvenil de Relatos de Terror 2000 Románticos, que eligió los veinte relatos reunidos en este libro, estuvo compuesto por los siguientes autores:

Santiago García-Clairac

Iria G. Parente

Rosa Huertas

David Lozano

Mónica Rodríguez

Care Santos

De los veinte relatos pasaron a la final estos cuatro:

Ana Salamanca Soto con *Plumas negras*

Patricia Herrero González con *La purga parisina*

Felipe Sebastián Galarza Estrella con *Traición*

Raquel García Gómez-Monedero con *Norman*

Y el ganador fue **Felipe Sebastián Galarza Estrella** con el relato *Traición*.

Índice

<i>Traición</i> , Felipe Sebastián Galarza Estrella	13
<i>Norman</i> , Raquel García Gómez-Monedero	21
<i>La purga parisina</i> , Patricia Herrero González	31
<i>Plumas negras</i> , Ana Salamanca Soto	39
<i>Preferiblemente la muerte</i> , Inés Anguiano Vara	47
<i>Los orígenes</i> , Juan Enrique Arambarri Velasco	55
<i>Solo un presentimiento</i> , Tomás Bonaut Rodríguez	63
<i>Reflejo</i> , Clara Dueñas Mínguez	73
<i>El pintor</i> , Eva Figuro Miravete	83
<i>Innombrable</i> , Diego Gallego	93
<i>En el bosque, entre la niebla</i> , Leyre Gallo Fernández	101
<i>El extraño caso de John Byron</i> , María González del Tánago Landín	111
<i>Realidades</i> , Sara de Gregorio Chavero	119
<i>Oscuridad</i> , Daniel Izquierdo Sánchez	129
<i>En la piel del asesino</i> , Laura López Bravo	137
<i>Batalla perdida</i> , Elena Monge Hermida	145
<i>La Bestia del Conocimiento</i> , Mario Narvéez Atance	151
<i>Lagunas no resueltas</i> , Lorenzo Pérez Ortiz	159
<i>Apartamento 3H</i> , Mario Porres	167
<i>El siguiente</i> , Antonio Sánchez	177

Traición

Felipe Sebastián
Galarza Estrella
(Fundación San Bernardo,
Madrid)

Traición

Luego de las palabras pronunciadas por el sacerdote se cerró el ataúd y empezó el descenso hasta el interior de la fosa. La última imagen que quedó grabada entre los presentes fue la de su rostro calmado, vistiendo el uniforme del colegio y con su móvil entre las manos. Ya que lo acompañaba día y noche, sus padres habían querido que siguiera a su lado en este viaje.

15

Ahora por fin podrás descansar, querido amigo, repetían en su interior Javier, Luis, Francisco, Enrique y Ricardo. Aunque la conciencia no les permitía levantar la cabeza. Los cinco mantenían fija la mirada en el suelo recordando todas las burlas, bromas y maldades en general con las que se habían ensañado con el pobre Eduardo. Lamentablemente él era demasiado bueno como para quejarse o denunciar lo que estaba pasando, y ellos no pararon hasta que tuvo lugar la desgracia de aquella fatídica noche. La mala fortuna quiso que el grupo de cinco amigos se cruzara con él cuando estaba paseando cerca del río que atravesaba la ciudad. Lo agarraron por sorpresa y, aprovechando que no había nadie alrededor,

lo acercaron al borde amenazándole con tirarlo al agua. Como el suelo estaba mojado resbalaron y tuvieron que utilizar sus manos para agarrarse, dejándolo caer. Pese al esfuerzo, no pudieron rescatarlo y su cuerpo apareció al día siguiente a unos metros, atrapado entre las rocas. Según los médicos, Eduardo había fallecido a las 11:20 de la noche. Los cinco amigos regresaron aquella noche aterrorizados a sus casas y jurando no contar jamás a nadie lo sucedido.

16 Aquello que sentían era una mezcla de pánico y arrepentimiento, pero contaban con que el paso de los días los ayudaría a olvidar y tener nuevamente una vida normal. Lo que no sabían era que a partir de aquel momento empezaba su verdadera pesadilla.

Esa misma noche, los cinco chicos, ya en sus casas y dispuestos a dormir, se encontraban inquietos, nerviosos, incapaces de conciliar el sueño. A sus mentes llegaban muchos recuerdos relacionados con su amigo, que ya no estaba entre ellos.

Así pasó una semana, y todos sintieron algo especial recordando lo que había sucedido el sábado anterior. Ese día ninguno quiso salir de casa. Llegada la noche todos sentían la misma incomodidad, el mismo peso, en la mente de cada uno de ellos se repetía la secuencia de lo sucedido siete días atrás. Poco después de las once de la noche, cuando todos pensaban en aquel momento fatídico, sonaron sus móviles. Más de uno se llevó un susto, pero todos coincidieron en tomar sus teléfonos y ver quién les estaba escribiendo. Su primera impresión

carecía de sorpresa ya que el mensaje lo había enviado alguien del grupo que ellos tenían en WhatsApp. Lo que sí les sorprendió fue ver que dicho mensaje provenía de alguien que no estaba incluido en el grupo: era Eduardo.

«Hola» era lo único que decía e inmediatamente recibieron un segundo mensaje. Era una foto que tardaba en descargarse. Mientras veían el círculo de actualización dar vueltas pensaban que se trataba de una broma. El pánico los invadió en el momento en que se abrió la imagen. Era el rostro de Eduardo y claramente se veía su cabeza apoyada en la almohada del ataúd en el que había sido enterrado. A más de uno de los chicos se le cayó el teléfono de sus manos, otro gritó y hubo quien se quedó paralizado ante aquella imagen llena de ira y odio. En aquello que sí coincidieron los cinco chicos fue en dejar sus teléfonos a un lado. Ninguno quería siquiera tocarlo.

Pese al susto que se habían llevado poco a poco se fueron quedando dormidos, y lo primero que hicieron al día siguiente, nada más despertarse, fue coger sus teléfonos. Al ver que no había ningún mensaje y menos alguna imagen relacionada con su amigo, todos pensaron que no había sido más que una pesadilla. Y de eso estuvieron convencidos hasta que al día siguiente fueron al colegio.

Ninguno decía nada sobre los misteriosos mensajes ya que cada uno de ellos creía que nadie más lo había recibido. Lo que sí les llamó la atención fue que ese día Javier no había ido a clases. Tampoco había respondido a sus mensajes del día anterior. Asumieron que se había sentido mal o que algo sin importancia le había sucedido.

Sin embargo, se quedaron paralizados cuando salieron al recreo. La madre de Javier estaba en la oficina de la directora. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar. Aprovechando que la puerta no estaba cerrada totalmente se acercaron con la intención de escuchar de qué estaban hablando.

18 A los pocos minutos los cuatro estaban paralizados. La madre de Javier le decía a la directora: «A eso de las 11 de la noche sonó el móvil de Javier. A los pocos minutos empezó a gritar desesperadamente. Cuando llegué con mi esposo a su habitación se encontraba en el suelo. Tenía los ojos muy abiertos. Nos dicen los médicos que sufrió un ataque al corazón».

Ninguno se atrevía a decir nada, pero estaba claro que algo había sucedido la noche del sábado. En ese momento todos supieron que lo que habían vivido no era una pesadilla.

Así transcurrió esa semana sin que ninguno de los chicos encontrara una explicación a lo sucedido. Conforme se acercaba el sábado, la sensación de pánico iba creciendo en cada uno de ellos. Durante ese día todos se encontraban muy nerviosos y nuevamente prefirieron no salir de casa. Poco antes de las 11 de la noche todos estaban metidos en sus camas, pero incapaces de conciliar el sueño a sabiendas de que algo iba a ocurrir. Alguno había pedido a sus padres que le dejaran dormir con ellos, otro incluso apagó el teléfono. Pero nada de eso sirvió. A las 11 y 20 minutos de la noche los cuatro teléfonos sonaron indicando que había llegado el temido mensaje. Esta vez

decía: «Aquí estoy». Con las manos todavía temblándoles vieron cómo llegaba un segundo mensaje. Era Eduardo, con la misma rabia que en la foto de una semana atrás. La diferencia esta vez era que su rostro ya empezaba a mostrar signos de descomposición.

Aterrorizados dejaron sus teléfonos e intentaron dormir, aunque fue imposible. Sabían que algo había ocurrido. Al día siguiente la historia se repitió. Alguno esperó un poco, otros fueron más impacientes, pero todos revisaron sus teléfonos al poco tiempo de haberse levantado. Los extraños mensajes habían desaparecido. Solo les quedaba esperar y ver qué sucedería al día siguiente en el colegio.

En la mañana del lunes los chicos llegaron temprano al colegio. Estaban ansiosos por saber si todos iban ese día. Francisco, Enrique y Ricardo se encontraron en el patio principal. Lamentablemente, Luis no aparecía. Fue el momento de empezar las clases y, ante la desesperación de sus amigos, su puesto permanecía vacío. Dos horas más tarde, cuando salieron al recreo, vieron que la historia se repetía: su madre lloraba desconsoladamente frente a la directora. Luis había muerto la noche del sábado.

La misma historia se repitió durante las siguientes semanas. Al llegar el sábado, el grupo de chicos recibía los fatídicos mensajes y, poco después, uno de ellos dejaba de existir. En todos los casos la causa de la muerte era la misma: un infarto, posiblemente provocado por un momento de pánico. Tanto sus padres como sus maestros

atribuían esta situación a la presión que estaban teniendo todos los alumnos, aunque ellos sí sabían lo que estaba sucediendo: estaban siendo víctimas de la venganza de Eduardo, los estaba cazando.

20 Cuando solo Ricardo se encontraba con vida y consciente de que esa sería su última semana en este mundo, decidió contactar con una amiga de su madre, conocida por su capacidad para hablar con los muertos, y le explicó lo que estaba sucediendo. La médium no dudó ni un instante y le explicó que Eduardo no podía descansar por la forma como había muerto. Que lo único que podía recomendarle era que contara a todos lo sucedido y pidiera perdón en nombre de los cinco chicos. Solo así Eduardo podría descansar en paz.

Asustado como estaba y sin encontrar otra salida, decidió olvidar la promesa que había hecho a sus amigos, ya hoy muertos, y contar todo lo que había pasado. Los padres de Eduardo consideraron que el chico ya había sufrido bastante y no quisieron poner ningún cargo.

El sábado siguiente, ya más tranquilo y seguro de haber hecho lo correcto, Ricardo se fue a la cama. Un escalofrío le recorrió la nuca cuando a las 11:20 un mensaje de WhatsApp sonó en su móvil. Sus ojos no podían creer lo que veían en la pantalla. Era un nuevo grupo que acababa de crearse. Inmediatamente empezaron a descargarse cuatro fotografías. Pudo reconocerlas al instante. Eran los rostros de Javier, Luis, Francisco y Enrique.

El nuevo grupo se llamaba «TRAICIÓN».

Norman

Raquel García
Gómez-Monedero
(IES Gran Capitán, Madrid)

Norman

Norman miraba el mundo que le rodeaba con sus apagados ojos azules. Los pocos rayos de sol que atravesaban la constante niebla de la pequeña localidad costera inglesa de Lowcoast le acariciaban la piel. Sus turquesas de hielo se posaron en algún punto de la nube que le rodeaba, envolviéndole en un abrazo que le invitaba a recorrer los veinte pasos que separaban el porche de su destartalada y oscura casa hasta el borde del acantilado. Un paso, dos, tres... La nube tomaba la forma de un espíritu, de un monstruo, de una sirena que lo llamaba desde el mar que azotaba, cincuenta metros más abajo, los restos de barcos estancados en la base del tramposo acantilado. Once, doce, trece... La pequeña figura se mueve entre los tristes fantasmas de Lowcoast hacia una muerte segura, fascinado y aterrado por aquello que le llama desde el gris océano, inconsciente de la irreversibilidad de la muerte. Quince, dieciséis, diecisiete... Un brazo blanco y huesudo le agarra de la manga y lo acerca a su acelerado pecho de madre. Le acaricia el pelo, hecho de los mismos rayos blancos del sol del norte, y lo coge en brazos, ocultando

de su mirada el monstruo que ruge bajo sus pies. El aspecto cadavérico de la mujer podría deberse a la enfermedad, pero su muerta mirada es la de quien espera a alguien que sabe que no va a volver. Se gira y vuelve hacia la casa con su retoño. Su menuda figura, poderosa e insignificante sobre el acantilado, se puede intuir desde el pueblo.

24 En una playa rocosa y traicionera se instalaron hombres que creían, unos, poder domar los mares, y otros, burlar a la Dama de Negro que tanto visitaba aquel pueblo de pescadores. A la caída de la tarde, la bruma deja entrever el relieve de la aldea. Las casas se amontonan entre el olor a pescado: unas, pequeñas de piedra desmoronada y, otras, medianas de madera húmeda y podrida; ninguna acoge entre sus paredes una cálida estancia a la que poder llamar hogar. Sus habitantes esperan a la muerte en el húmedo frío, sin más sentido en sus vidas que el de llegar al final de un día más y tener pescado para el próximo amanecer, sin mayor esperanza que entre los barcos que regresan a casa se encuentre uno conocido, con un animalillo escamado para alimentar las pequeñas bocas hambrientas. La angustia y la incertidumbre de la vida en Lowcoast eran difíciles de soportar, por lo que la mayoría de sus habitantes habían vendido su capacidad de ser felices a cambio de poder sobrellevar la continua visita de la muerte. Eran meros espectadores del gris y apestoso cuadro en el que vivían. Hasta los niños jugaban en silencio, temiendo, como todo Lowcoast, que las almas perdidas en el mar volvieran, escondidas

en la niebla, a llevarse lo que quedaba de ese pueblo fantasma.

El día siguiente del incidente de Norman amaneció inusualmente despejado, con tan solo una neblina blanca y superficial. En Lowcoast se interpretó como un buen augurio, y todos los barcos salieron a probar suerte en un relativamente calmado mar. Algunas mujeres se reunieron alrededor de una pequeña hoguera con cabezas de pescado mientras sus hijos correteaban por el muelle, tropezando con las tablas sueltas. No era un día tan festivo para las viudas, que debían hacer los trabajos más duros para ser recompensadas con parte de la pesca de las demás familias. Maura, la madre de Norman, se dirigía, solitaria, hacia la parte de detrás del acantilado, donde un riachuelo corría bajo el hielo. Con una piedra rompió la lámina helada y comenzó a lavar la ropa de varias familias del pueblo, ensimismada en sus pensamientos. Sus manos cuarteadas por el frío sangraban al frotar la tela contra la tabla. La sangre teñía las prendas y bajaba hacia las aguas del río. Al levantar la camisa que estaba lavando vio, dibujada por su sangre, una cara conocida. Se le cortó la respiración. Miró al cielo, ahora tapado por un manto gris. El viento comenzó a chillar con un grito casi humano, como de ultratumba. Una voz de mujer se reía de forma histérica en su nuca y un hombre se le metía en los pulmones susurrando: «Ven... Venid, me pertenecéis». Maura tiró la camisa al río y echó a correr hacia su casa, perseguida por el viento, que la tiraba del pelo y la hacía tropezar. La niebla se había hecho más espesa

y las voces confundían su cabeza. Tropezó de nuevo y quedó llorando y gritando desconsoladamente al borde del acantilado.

—¡¡Salid de mi cabeza!!

Sus gritos se oían desde el pueblo y pronto llegaron las mujeres y los niños. El viento cesó de forma súbita, arrastrando consigo las voces que la atormentaban.

—¿Qué sucede, Maura?

—¡Su cara! ¡Su voz!

26

—¡Calma, hija!, que no te entiendo. —Se le acercó una de las mujeres, tratando de tranquilizarla.

—¡Su cara! ¡La de Colbert! Estaba en la camisa, pintada en sangre. ¡Con la sangre de mis manos! ¡Y su voz, oh, su voz! Me ha perseguido hasta aquí, me perseguía...

—Pobrecilla —comentó una anciana—, no está en su sano juicio. Calentadla y curad sus manos. ¡Y dadle las cabezas de pescado, que le arreglen la sesera!

Ajena a lo que sucedía a su alrededor y como esperando que algo horrible pasara, Maura se dejó llevar al interior de su casa. Se prendió un fuego y se le dio un caldo para que se repusiera. En su cabeza, no tan clara como cuando la traía el viento, estaba una voz...

Despertó horas más tarde, en esos momentos de claridad del cielo cuando el sol acaba de apagarse. El viento soplaba fuertemente a través de las rendijas de la casa, y las voces que en él flotaban le provocaban escalofríos. El mar azotaba el litoral; la noche traería tormenta. Se levantó en busca de su hijo. La madera crujía bajo sus pies. Oía cada uno de sus pasos, cada respiración, cada latido

de su acelerado corazón a punto de reventar sus sienas..., pero a su hijo no, no estaba en la casa. Salió al porche, desierto. El columpio se mecía con fuerza, como si un niño invisible lo empujara hacia el cielo nuboso. Se acercó, con cautela, al precipicio. En el horizonte se adivinaba la cortina de lluvia y se escuchaban los enfurecidos truenos del negro cielo.

—¿Norman? ¿Dónde estás?

La tormenta se acercaba rápidamente. Se asomó al precipicio para ver las olas arremeter contra la costa y lo vio: Norman, su pequeño de ojos del cielo y del mar, estaba empalado en las puntiagudas rocas del pie del acantilado, como un diminuto ángel caído. Maura gritó de dolor, de impotencia y de rabia. Gritó pidiendo ayuda, como si alguien pudiera ya salvar a su bebé, pero sus súplicas fueron ahogadas por el fragor de la tormenta.

Volvió a su casa en un torbellino de emociones: tristeza, sufrimiento, ira. Dejó la puerta abierta a la lluvia y a la destrucción. Arrancó unas tablas de una pared y apareció un hueco vacío. Tembló, aterrorizada.

—¡Muéstrate! —clamó al cielo.

De entre las sombras tras la puerta, se materializó un ente, parcialmente corpóreo, con forma de hombre. Tenía una sonrisa perversa cosida en la cara, ojos de locura, ropa de marinero, aspecto sucio.

—Colbert...

—No estaba donde me dejaste, eh... —dijo entre risas, mirando el hueco en la pared que había servido de ataúd. Maura le miró con ira desafiante y calló, impotente—.

Aún me tienes miedo, criaturilla. Siempre has sido tan poca cosa... y, aun así, tan engreída, exigiendo decidir qué hacer y desobedeciendo mis órdenes. Alguien tenía que meterte en vereda, mujer, pero no te bastaban las bofetadas ni los palos, ¿eh? Nunca aprendiste, estúpida. Vaya vida que me diste, malnacida. Y no se te ocurre otra cosa que rajarme el cuello con mi propia navaja mientras dormía. ¡Resulta que eras lista y todo! ¡Me emborrachaste, puta! No eras capaz de vencerme por las buenas. Me quitaste mi vida, y ahora yo te he quitado a ti la tuya... Y te perseguiré hasta que acaben tus miserables días.

Maura se estremeció y se le llenaron los ojos de lágrimas recordando la imagen de su hijo muerto.

Alzó la cabeza: había encontrado la libertad y ya era capaz de enfrentarse a su monstruo.

—Nunca lo entendiste. Yo soy libre de ser la persona que quiera. La sociedad me imponía ser otra y tú, también, me anulabas como ser humano. Yo solo quería disfrutar de la naturaleza que nos rodea, y tú me encerrabas cual perro. Quería confesar mis sentimientos a un papel, narrar mis mundos fantásticos y exóticos, pero solo mi sangre tintaba las hojas. Quería amar, pero ¿cómo amar si no era libre para hacerlo? Sin amor estaba muerta, hasta que llegó Norman, mi pequeño. Pero no era libre. Aunque estaba viva, no era yo. Pensé que tras tu desaparición encontraría la libertad. ¡Ilusa de mí! Las cadenas del miedo a que volvieras me ataban y me hundían. Ahora has vuelto, pero ya no hay miedo. He comprendido que soy libre, aunque me persigas y me fustigues, porque puedo

tomar una última decisión en paz conmigo misma, con la persona que realmente soy. Me encontré a mí misma en cuanto conseguí mi libertad.

Maura salió tranquila de su casa, ante la atónita mirada del espectro, que la perseguía soltando improperios. Impasible a la tormenta, impassible a todo, siguió caminando, incluso cuando no había suelo, caminando hasta que se perdió entre la niebla y el viento. Se reunió con su hijo en la base del acantilado.

—Ya he encontrado las alas, pequeño. ¡Nos vamos!

La purga parisina

Patricia Herrero González
(Colegio Arcángel Rafael,
Madrid)

La purga parisina

33

Caminaba tan rápido como sus ancianas piernas le permitían, bajo las lluvias torrenciales que habían azotado París aquella noche. El cielo, negro como el carbón, se resquebrajaba en haces de luz fantasmal, evocando los espectros de los más supersticiosos.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el eco de las campanas de medianoche y, oteando el final de la calle a través de la cortina de agua, sintió cómo decenas de ojos se clavaban en él a la espera de algo. Al alcanzar un viejo mesón destartado y, al parecer, totalmente abandonado, el sacerdote cesó su carrera con la esperanza de estar a salvo. Las vigas parecían estremecerse bajo el estruendoso rugido que seguía a los relámpagos. Aún con la respiración agitada y la sangre palpitando en sus sienes, se dispuso a emprender el camino a cualquier parte menos a la catedral. No podía volver a Notre Dame después de haberlo visto con sus propios ojos.

Esa misma mañana, bajo la influencia del ceniciento cielo parisino, había hecho caso omiso de los rumores que aterrorizaban al gentío, e hizo mal, pues es

humanamente imposible estar preparado para lo que descubrió, un hecho atroz que acudiría a su mente con la inevitabilidad de la muerte.

34 No había avanzado más de una veintena de pasos cuando, guiado por un impulso inexplicable, sintió la imperiosa necesidad de ver su rostro, sajado por el frío y los años, reflejado en el charco de lluvia y lodo a su derecha. Fue como una ventisca, una ráfaga helada que cristalizó su carne y la tornó, lenta y dolorosamente, en una coraza grisácea y totalmente rígida. Así, petrificado, a excepción de los ojos, pudo ver su reflejo una vez más antes de ser cargado a las espaldas de lo que parecía un hombre semi-deforme, atormentado por una profesión indeseada por cualquiera. Había tomado la forma de una de sus peores pesadillas: un carnero de lengua bífida. Era una gárgola más en lo alto de Notre Dame, y el que le había cargado hasta allí no era sino Quasimodo, al cual había visto portar otra gárgola aquella misma mañana antes de salir despavorido.

A aquel crepúsculo le siguieron muchos otros de penuria y desesperación. Su conciencia estaba encarcelada dentro de su inexpugnable prisión corpórea, desde la que observaba noche tras noche cómo se repetía la persecución, tras la cual perdió gran parte de su cordura, solo que esas veces las víctimas eran otros.

Aquel macabro ritual del que eran testigos todas las gárgolas desde su pedestal transcurría diariamente cuando las campanas de la catedral daban las doce, haciéndose oír a lo largo y ancho de las estrechas callejue-

las parisinas. Para todo aquel transeúnte que tuviese por costumbre pasear por la ciudad a la luz de la luna, la voz de Notre Dame dictaba una sentencia de muerte. Vagabundos, maleantes y damas de compañía habían caído en el olvido sin dejar rastro. El sacerdote nunca antes se había visto incluido en ninguna de las categorías anteriores, hasta que fue forzado a abandonar su hogar, la catedral, para escapar de un destino que, pese a ello, le acabaría alcanzando. Encerrado en sí mismo y resignado a los acontecimientos, el sacerdote disponía de tiempo en abundancia para pensar y sacar sus propias conclusiones de aquello que veía irremediabilmente. Fue así como dedujo que los ciudadanos eran conscientes de la «Purga Nocturna» que se llevaba a cabo, pero, como todo aquel que teme a lo desconocido y sobrenatural, preferían mirar hacia otro lado y abandonar a aquellos a los que consideraban «desechos de la sociedad» a su suerte.

35

Había sido tachado, por lo tanto, como un desecho de la sociedad más. Los desgraciados que caían presos de la Purga eran maleantes y personajes sin familia ni nadie que pudiese o quisiese recordarlos. Al caer en este detalle, fue golpeado por la certeza de que nadie le buscaría, nadie trataría de salvarle de aquella pesadilla que había sido condenado a vivir.

En más de una ocasión, Quasimodo, que llevaba diariamente pétreos inquilinos a la tenebrosa balaustrada de la catedral, hablaba en voz alta. Siendo indiferente para los reos si hablaba para sí mismo o para ellos, estos escuchaban por el mero placer de oír la vibración de

una voz humana. El jorobado confesó un secreto que a muchas de las gárgolas, la del sacerdote incluida, había inquietado y desconcertado. Antes de ser acogido en la catedral por el eclesiástico, Quasimodo era un infeliz sin hogar que se enfrentaba cada noche a la escalofriante posibilidad de ser barrido de las calles; deforme, desnutrido y sin ninguna clase de educación, solo capaz de salir a la calle en la penumbra, cuando nadie le podía juzgar. Al recibir un hogar y el auxilio de la iglesia, dejó de ser otro «desecho» a ojos de aquello que transformaba a estos en gárgolas al caer la noche.

Sin embargo, la fuerza que de manera implacable limpiaba las calles de París de dichos noctámbulos era la mismísima Parca. Atraída por la vida de las cenagosas calles y, por encima de todo lo demás, de las enormes catacumbas parisinas, se había dejado arrastrar por el oscuro encanto de la hoy conocida como Ciudad de las Luces y del Amor, en aquel entonces cargada de misticismo y secretos. Al acoger a Quasimodo, el sacerdote le arrebató a la Muerte una nueva adquisición para su inquietante colección de centinelas, sacados de las peores pesadillas. Para compensar dicha pérdida, la Parca optó por adoptar como su prisionero en vida al jorobado, que quedaría condenado a ejercer de Caronte durante el resto de su miserable existencia, transportando las gárgolas de la Muerte a medianoche para la eternidad. El sacerdote no fue más que la segunda parte de la compensación: una vida por otra; la vida de aquel que trató de ayudar al jorobado de Notre Dame y, en cambio, le condenó.

Si viajas a París, asegúrate de visitar la catedral de Notre Dame. Hay quien dice que si miras con fijeza al campanario, verás una sombra moverse, arrastrándose con sopor tras los muros del edificio. No esperes verle el rostro; el jorobado no se muestra al público. Recuerda, si sientes decenas, cientos de ojos fijándose en ti, mira hacia arriba y contempla los compungidos rostros de aquellos que otrora fueron hombres y hoy son siluetas de piedra que recortan en el cielo nuestras peores pesadillas. Lo más importante de todo: cuando la luna brille y resuene la voz de Notre Dame... no mires tu reflejo.

Plumas negras

Ana Salamanca Soto
(IES Valdebernardo,
Madrid)

Plumas negras

Gruesas paletadas de vieja tierra castellana se derramaban sobre el oscuro ataúd de don Ricardo Valle-Ríos. Débiles eran las lágrimas fingidas de Casilda, su esposa; y su hija, Blanca, ni siquiera encontraba razones para llorar. Mantenía firme la mirada, impasible, sobre la enorme losa de granito con inscripciones.

41

Ella había sido criada como la noble hija de Ricardo, aunque toda la corte sabía que era hija bastarda del vizconde Íñigo Núñez, al que se le veía muy a menudo cerca de la alcoba de la señora.

Blanca vestía lujosas ropas, leía poesía, tomaba clases de canto y de ajedrez, y obedecía los estrictos modales de su madre; pero, a pesar de ello, nunca se ganó el favor de Ricardo; él nunca se dignó a mirar sus traidores ojos verdes. Por eso Blanca pasaba las horas alejada de los trasiegos de la casa, perdida en un puente entre las retorcidas sombras del bosque y los cielos grises, muy grises, como el cielo que envolvía el cementerio el día en que enterraban al señor. Ricardo siempre había sido avaro –se dijo Blanca– y de pocas amistades. El hombre que había

tenido en sus manos toda la plata de incontables tierras que se extendían en suaves lomas más allá de donde llega la vista ahora descansaba bajo una losa de granito con inscripciones, que se borrarían con el tiempo, y siglos después se desharía entre la arena. Pero Blanca no encontraba razones para llorar porque intentaba comprender el empeño que puso el demonio pelirrojo que la había concebido en que ella heredara toda la fortuna del noble rico, matándolo con un potente veneno, y rematándolo con lágrimas de cocodrilo.

Todavía se vestía el luto en la corte, pero Casilda, ávida de poder, no perdía un segundo contando las riquezas de su difunto esposo. Blanca, afligida y perdida en sus pensamientos, no salía de su cámara. Ni joyas, ni juglares, ni pasatiempos la entretenían. Miraba por la ventana hacia el cementerio, y un suspiro de culpabilidad escapó de sus labios.

De repente, pegó un salto y cayó sobre su espalda, asustada por un repentino cuervo posado en el alféizar. Blanca agarró un cojín e intentó ahuyentar al pájaro, el cual hizo honor a su fama de astuto rompiendo un hueco en el cristal y entrando en la habitación. Un frío sobrenatural recorrió la estancia con el siseo de sus plumas negras. Daba igual cuántas veces la niña gritara, cuántas piezas de ajedrez le arrojara, cuánto zarandeara en el aire atizadores y candelabros; el ave rastrera se lanzaba una y otra vez como un águila hacia su presa. Tenía claro su objetivo, y no tenía prisa en dejar de atormentarla. Ella, desesperada, temiendo por su vida, echó

a correr hacia la puerta. Estaba metiendo la llave en la cerradura, se giró y golpeó mortalmente al cuervo justo antes de que le clavara su pico en la cara. Un nuevo alivio la liberó de la tensión sufrida, pero, cuando miró al lugar donde debía estar el cuerpo inerte, solo vio un par de plumas negras, y el mismo frío helador crispó sus cabellos.

Aterrorizada, huyó al bosque en busca de refugio, pero las familiares sombras ahora eran mucho más negras, se movían, cambiaban de forma, y, de cuando en cuando, una afilada figura se recortaba bajo el cielo gris. Blanca tanteaba a cada paso, mirando en derredor con los ojos verdes muy abiertos, palpaba con las manos cada árbol retorcido y cubierto de musgo. Sentía que el cuervo estaba allí, la perseguía y, cada vez que se giraba porque creía haberlo visto, lo sentía posarse a su espalda. Al fin, exhaló un grito al ver sus ojos brillantes entre las ramas de un olmo. Sin pensarlo, se lanzó a la carrera detrás de él. Lo persiguió por entre robles, encinares, quejigos, zarzas, castaños..., sin darse cuenta de cómo la negra noche se cernía sobre ella.

Para cuando perdió la pista del pájaro, se encontró perdida ella misma. Alcanzó un claro en el que se filtraban los blancos rayos de luna. Se decía conocer bien ese bosque, pero ahora solo veía frondosas copas de árboles enmarcando el cielo. Sintió algo suave cayendo y rozándole la mejilla. Cogió aquello que se había posado sobre su hombro, y al ver que no eran sino plumas negras aulló de terror, haciendo temblar la tierra. Voló todo lo

rápido que sus débiles piernas le permitían, huyendo despavorida del córvido graznido que provenía de todas partes.

44 Durante días dijo Blanca ver al cuervo persiguiéndola allá donde fuera, y durante días tuvo Blanca el semblante descosido y la mente perturbada. Ya se encontrara en su cuarto o andando por los campos alrededor del palacio, siempre iba acompañada por dos guardias y tres doncellas, por orden de su madre, quien aseguraba a los consejeros que la salud de la heredera mejoraría en breve. El misterioso animal se cebaba con la niña, a la que acosaba sin descanso, y ahora estaba segura de que pretendía matarla. Era una noche de San Juan gris, muy gris, cuando Blanca reunió fuerzas para escabullirse y salir de las dependencias del castillo, camino al cementerio. Daba, temblorosa, cada paso; y, nada más pisar el camposanto, una sombra se abalanzó sobre su cabeza. Una y otra vez sonaban en sus oídos los siseos y alaridos que debían sonar en el infierno. Ella corría, aturdida, entre tumbas y lápidas devoradas por la tierra. Sentía la angustia de ver su muerte demasiado cerca. Desesperada, sus ojos cerrados, peleándose con el cuervo que la atacaba desde todos lados, tropezó al fin con el sepulcro de don Ricardo Valle-Ríos. Cayó de espaldas sobre la lápida de granito con inscripciones. Ya era inútil defenderse. En un intento desesperado gritó:

—¡Perdóneme, padre!

Y, como si estas palabras hubieran terminado de enfurecerlo, el cuervo de ultratumba apareció ante su faz.

Blanca no vio amanecer al día siguiente, porque el cuervo le arrancó sus traidores ojos verdes. Lo último que vio antes de morir fue una nube de plumas negras.

Preferiblemente la muerte

Inés Anguiano Vara
(IES Rosa Chacel,
Colmenar Viejo)

Preferiblemente la muerte

Aquel verano de 2016, el sol se mostró reticente a alumbrar el mundo y proporcionarle su calor. Las que antes de partir hacia Suiza se planteaban como unas vacaciones relajantes y tranquilas se habían visto afectadas por la persistencia de un viento gélido y una cúpula de nubes grises y opacas que parecían no querer abandonar aquellos territorios.

49

El señor Méndez, cuyo coche había quedado irremediablemente inutilizado tras atascarse en un charco de barro, se dirigía a pie hacia un pueblo próximo. Había comenzado a llover torrencialmente y pronto anochecería, así que Méndez procuraba darse prisa y llegar al hotel en el que se alojaba cuanto antes.

Tras una hora de caminata, cuando el ocaso iba a hacer acto de presencia de forma inminente, Méndez, ya empapado y cansado, atisbó la silueta de un solitario edificio a lo lejos. Sabiendo que no le era posible llegar al pueblo antes del anochecer, se encaminó hacia el edificio con la esperanza de encontrar un buen lugar para resguardarse y descansar hasta la mañana siguiente.

Una vez que estuvo frente a la edificación, que resultó ser una gran villa abandonada, descubrió que la verja de entrada estaba abierta. La traspasó y cruzó un gran jardín atestado de malas hierbas, en el que las plantas crecían descontroladamente y proliferaban hongos y setas. Se detuvo ante la imponente figura de la mansión, cuya elaborada fachada proyectaba inquietantes sombras y le daba un aspecto fantástico y terrorífico.

50

Alrededor del perímetro del edificio había una zona en que las plantas no crecían, ni tan siquiera las malas hierbas. Resultaba impactante comparar la frondosidad del descuidado jardín con este terreno yermo que rodeaba la mansión. Aparentaba que las plantas temían estar cerca del edificio. O de aquello que hubiese en su interior...

Méndez intuía que algo en ese lugar se salía de lo normal, y en otras circunstancias no habría entrado en el edificio, mas en aquel momento le pareció imperativo resguardarse de la lluvia y de la noche que estaba a punto de caer, así que empujó la maciza puerta de madera y se internó en la mansión.

Llegó a un amplio vestíbulo, iluminado tenuemente por la escasa luz que se filtraba a través de unos ventanales. El altísimo techo con forma de cúpula ofrecía, sin lugar a dudas, un espléndido refugio de la lluvia, por lo que Méndez decidió que pasaría allí la noche. Nada más dar unos pasos al interior de la habitación, una repentina ráfaga de viento cerró el gran portón que daba acceso al interior del edificio, provocando en el proceso un

estruendoso sonido. El corazón del hombre dio un vuelco ante tan inesperado sonido, mas enseguida se calmó.

En algún momento de la historia, aquel edificio debió ser una acogedora residencia, con sus grandes y majestuosas escaleras, sus paredes ornamentadas con cuadros y tapices, sus vistosos muebles de madera tallada y sus elegantes lámparas de araña. No obstante, cuando Méndez recorrió la sala con la mirada, le pareció un lugar tenebroso y perturbador. La forma en que algunas zonas del vestíbulo quedaban ocultas en la penumbra, con la densa oscuridad cubriéndolas como un manto negro e impenetrable, le producía escalofríos incontrolables a lo largo de todo el cuerpo.

51

Súbitamente, creyó ver que una de esas sombras se movía en un rincón. Su pulso se aceleró e instintivamente deseó echar a correr en la dirección contraria, mas el sentido común le refrenó. Se dijo a sí mismo que había sido fruto de su imaginación, una simple consecuencia del agotamiento que inundaba cada fibra de su cuerpo tras caminar sin descanso bajo la lluvia.

Se disponía a explorar la mansión para encontrar un buen lugar donde descansar cuando se oyó un fuerte portazo a lo lejos, seguido de unos quejumbrosos lamentos. Méndez era incapaz de discernir si dichos sonidos procedían de una persona o un animal. «Quizá no proceden de ninguno de los dos...», se dijo atemorizado. Los lamentos sonaban a lo lejos, pero aun así era posible advertir el carácter inhumano que poseían. De repente, descansar en aquella mansión empezó a parecerle una nefasta idea a

Méndez, por lo que trató de abrir la puerta por la que había entrado. ¡Pero estaba atascada! Sacudió el pomo convulsamente y con desesperación, mas la puerta no cedió.

52 Con el corazón en un puño, intentó calmarse y aplicar un razonamiento lógico a su situación, recordándose a sí mismo que el escepticismo innato que tanto le caracterizaba le impedía creer en lo sobrenatural. Sin embargo, los lamentos parecían oírse cada vez más próximos, como si aquello que los producía se estuviese acercando lentamente, lo que provocó que sus pensamientos comenzaran a desordenarse formando un batiburrillo de historias de terror, histeria y nerviosismo que amenazaba con desbordar su mente.

Los sonidos habían avanzado hasta llegar a una sala contigua al vestíbulo. Justo cuando parecía que el ser del que procedían iba a abrir la puerta que le separaba del vestíbulo, la mansión quedó sumida en un terrorífico silencio. Los lamentos habían cesado, dejando en su lugar una ausencia de sonido tan profunda que Méndez creyó haberse quedado sordo. No obstante, pronto comprobó que no era así, ya que escuchó los latidos de su propio corazón, que latía desbocado contra su pecho y parecía a punto de reventar.

En este exasperante silencio permaneció la mansión durante unos minutos, hasta que, tan súbitamente como habían desaparecido los sonidos, se escuchó un estruendoso alarido y la puerta que separaba el vestíbulo de la sala contigua se abrió. De ella salió un ser que parecía recrear las peores pesadillas de Méndez. Su cuerpo se

constituía de fragmentos aparentemente sustraídos de otros cuerpos, todos ellos cosidos entre sí. La cara de este ser, inhumana y desfigurada, expresaba una constante mueca de dolor.

Profiriendo alaridos, el monstruo comenzó a acercarse a Méndez. Este, aterrorizado y confuso, trató de huir en sentido contrario, mas una figura que salió de entre las sombras de la habitación se lo impidió. Se trataba de un hombre muy hermoso, a pesar de la languidez cadavérica de su piel y de los largos y afilados colmillos que asomaban de su boca. Vestía una larga capa negra con cuello alto y ropajes oscuros claramente antiquísimos. Se acercó a Méndez, enseñando los colmillos y siseando de forma amenazadora. Este último retrocedió, asustado ante la criatura, y trató de hallar una vía de escape con desesperación.

En ese momento un ser etéreo y translúcido atravesó una pared y se unió a las otras dos criaturas, impidiendo escapar a Méndez. Se trataba del fantasma de un hombre ataviado con ropajes del siglo XIX, que portaba una larga pluma manchada con tinta púrpura como la sangre. La tinta iba goteando y dejando un rastro de gotas rojas sobre el suelo, que se asemejaban a un reguero de sangre.

El rostro del fantasma, contraído en un rictus de locura, produjo que Méndez comenzase a llorar desconsoladamente de puro terror. Los tres seres sobrenaturales se acercaron y Méndez se acurrucó en el suelo, sollozando y buscando sin éxito una forma de escapar de aquel infierno. Deseaba no haber entrado nunca en aquella mansión,

haber continuado su camino a pesar de la lluvia y de la oscuridad. Ansiaba poder volver sobre sus pasos y cambiar sus decisiones, alterar el curso de los acontecimientos. Mas sabía de sobra que aquello no era posible.

54 Mientras que las criaturas se acercaban lentamente, deleitándose con el sufrimiento de un hombre aterrorizado, las cálidas lágrimas bañaban las mejillas de Méndez. Este temblaba y sufría convulsiones continuas, acompañadas de espasmos nerviosos. Deseaba gritar con todas sus fuerzas, pero parecía que su voz había desaparecido, o simplemente que había dejado de obedecerle. Sin poder articular una mísera palabra, solo podía aguardar a que los seres sobrenaturales que se acercaban llegasen hasta él y acabasen rápidamente con su sufrimiento.

Cuando el monstruo, el vampiro y el fantasma rodearon a Méndez, cerniéndose sobre él como una mortaja ineludible y sobrenatural, el espíritu pronunció unas palabras que quedarían grabadas en la memoria de Méndez durante los cortos y efímeros instantes que le restaban de vida:

—Mary, Polidori, mostrémosle a este caballero cómo es una verdadera historia de terror.

Los orígenes

Juan Enrique
Arambarri Velasco
(Colegio de Fomento
Aldovea, Alcobendas)

Los orígenes

Mary Shelley era una joven londinense de dieciocho años que ya a esa edad destacaba por su gran habilidad con la pluma. La noche del 22 de diciembre de 1815 fue la única testigo de un crimen casi perfecto, pues vio la sombra de un hombre apuñalando a una mujer en el abdomen hasta dejar sus vísceras colgando. Corrió a su casa sin pausa, pero evitando el menor ruido, presa del terror. Entró y no articuló palabra, no pudo contar nada a sus padres, William y Mary, ni pegar ojo; su conciencia apelaba a su deber de justicia. Al día siguiente, en un alarde de valentía, decidió ir a la sede de la policía. A mitad de camino, un hombre encapuchado la intimidó empujándola y cortándole el paso, puso en sus manos violentamente un sobre sellado con lacre y con las iniciales «TR» inscritas. Mary escapó corriendo y lo primero que se le pasó por la cabeza fue deshacerse de él, pero, recordando las novelas de terror de sus escritores favoritos, decidió abrirlo. Dentro, una nota manuscrita decía lo siguiente: «13 Thief Street, 19:30 h. MAÑANA». «Es una de las calles más peligrosas, tenebrosas y siniestras de Londres», pensó Mary.

Esa misma tarde, tras avisarle de los acontecimientos, quedó en la abadía de Westminster con Percy Bysshe, su amigo de la infancia. Después de sus padres, era la persona en quien confiaba más. Percy había quedado huérfano de ambos padres y vivía en un centro de acogida, pero jamás perdió el contacto con su amiga, tal vez, porque les unía la misma pasión por la escritura; a él también se le daba bien escribir poesía y relatos cortos. Barajando varias opciones, decidieron no acudir a la policía y planearon ir a la desafiante y misteriosa cita acompañados de dos amigos comunes, los hermanos Jacob y Evie Frye.

Al día siguiente, al ir acercándose al 13 de Thief Street, comenzaron a toparse con personas del más variopinto y complicado perfil: indigentes, mujeres de difícil vida, toxicómanos, ebrios regurgitando por las esquinas; se masticaba un olor repugnante. Percy se adelantó unos metros y Mary torcía una esquina cuando unas siniestras manos la agarraron introduciéndola por una vieja puerta de madera carcomida por la humedad. Simultáneamente cubrieron su nariz con un pañuelo empapado en cloroformo. Mary se desvaneció casi instantáneamente. Percy, Jacob y Evie, muy preocupados y desconcertados por la súbita desaparición, no dejaron de gritar el nombre de la joven por todas las calles del barrio durante horas.

Sobre la medianoche, Mary comenzaba a poder despegar sus párpados, cuando se halló tirada en un callejón frío y estrecho, repleto de pintadas en sus

muros, que decían: «¡Silencio, sé lo que viste!». En cuanto pudo incorporarse y se orientó, como alma que lleva el diablo, echó a correr hacia su casa. Al abrir la puerta, encontró a sus padres hablando con un inspector de la policía. Estupefactos al verla, se apresuraron a abrazarla y preguntarle insistentemente qué había sucedido, olvidando la conversación en la que estaban inmersos. Sin dejarle contestar, el inspector se dirigió a Mary, advirtiéndole de su obligación de presentarse en la sede policial a primera hora de la tarde de mañana, y la conminó a ser acompañada de algún testigo, si lo hubiera.

59

Puntual, la tarde del 25 de diciembre, Mary Shelley se presentó en la comisaría acompañada de Percy, de unos presumibles testigos que él mismo había localizado y de los dos hermanos. En la sala de interrogatorios, fumando en pipa tras un espeso bigote y encasquetado en una boina escocesa, el inspector Edward Abberline fue tomando declaración uno a uno a todos los chicos. A Mary le costaba hablar, comenzó apenas balbuceando, continuaba en *shock* y sentía mucho miedo, porque creía en la posibilidad real de ver cumplidas las amenazas que había recibido. Pero el experimentado y astuto Edward le sacaba las palabras y, nada más escuchar las iniciales «TR», salió raudo de la sala llamando a sus colegas. Tras dos largas horas de té y retiro en una sala contigua, llegaron a una conclusión: esas misteriosas y llamativas mayúsculas correspondían al nombre de The Ripper. Ante tal peligro, a Mary se le adjudicó una persona de

seguridad que seguiría sus pasos fuera de casa, consciente de que el psicópata gozaba de una inteligencia, frialdad y eficacia excepcionales, la joven se mostraba en un estado de hipervigilancia y pánico absoluto.

60 Los pasillos de niebla comenzaban a dar paso a la luna, Mary y Percy debían regresar a casa, era Navidad y, como cada año, cenarían juntos. La madre de Mary estaba terminando de cocinar el pavo mientras Percy se retiraba un momento al baño cuando, en breves segundos, un tímido chasquido dio paso a la oscuridad más absoluta, y poco después comenzaron a oírse pasos sobre el tejado. Madre e hija encendieron de nuevo velas y William, el padre, salió a ver si veía de quién provenían los pasos. Percy preguntó qué había pasado, Mary respondió que estaba convencida de que era el segundo aviso del destripador.

Dos días después, camino a la catedral de Saint Paul, donde se habían citado con el deán para recibir confesión y consejo, Mary advirtió que alguien estaba persiguiéndolos y se lo hizo saber a sus padres y al policía de paisano que los acompañaba. William, nervioso, salió de la catedral a fumar su pipa; había olvidado sus fósforos y, sin pedirlo, un hombre con el rostro semicubierto le ofreció fuego. Al prenderse el fósforo, una cortina de humo lo envolvió. Mary, ante la tardanza de su padre, salió en su busca y lo encontró en un charco de sangre, con parte de las vísceras fuera del cuerpo, aún agónico y pronunciando sus últimas palabras: «Hija mía, corre, el asesino está muy cerca».

Días después del sepelio del padre, la chica volvía a prestar declaración ante el inspector Abberline, que andaba desbordado por el caso y consternado por la muerte del señor Shelley a escasos metros de un hombre de su equipo. Mary propuso que contasen con ella para resolver el caso, recibiendo una negativa del inspector, por lo que se prometió no volver a colaborar con la policía, y hacerlo por su cuenta.

De vuelta a casa, cruzando el Támesis, Mary comenzó a hilar ideas. Como cuando escribía sus relatos de terror, trató de ordenar su pensamiento: con quién había estado los últimos días, qué lugares había frecuentado, cómo era posible que el comisario estuviese tan perdido; y su padre, a juzgar por sus últimas palabras, debía saber algo del asesino. Así pasaban los días y ninguna pista aclaraba su mente, tampoco el inspector Abberline la llamaba para mantenerla al tanto de la investigación. Únicamente tenía clara una idea, escribir, y comenzó a esbozar un nuevo libro, un libro que trataría de publicar como fuere para encontrar al asesino de su padre.

En Londres, a 22 de diciembre de 1815. Era de noche, una joven atravesaba Hyde Park, cuando sus ojos se abrieron como lunas y su alma se encogió como sol de invierno al ver la sombra de un asesinato [...] ni su madre, ni el hombre escolta podían ser, habían estado con Mary en la catedral mientras el señor Shelley era asesinado. Los hermanos Frye presentaron un cuadro de ansiedad y no habían vuelto a salir de casa desde el día de la primera declaración. El inspector Abberline estaba tratando de

encontrar al asesino para limpiar su honor. Solo quedaba un sospechoso: ¡Percy! Cuando Mary fue adormecida con cloroformo, Percy se había separado de ella; los presumibles testigos que declararon ante la policía los había localizado Percy. Cuando ocurrió el apagón la noche de Navidad, Percy se había retirado al baño, y las últimas palabras del señor Shelley fueron: «Hija mía, corre, el asesino está muy cerca». Existían muchos indicios que apuntaban al mejor amigo de Mary, al amigo de su infancia, Percy, como el destripador de Londres.

Este libro fue un gran éxito literario, pero jamás sirvió para localizar a Percy. Mary Shelley se consagró como afamada escritora de novela policiaca y de terror. En 1888, el nieto de Percy, Jack, asesinó y destripó a, al menos, cinco prostitutas de barrios pobres de Londres y ha pasado a la historia como una de las personas más oscuras y macabras de la humanidad.

Solo un presentimiento

Tomás Bonaut Rodríguez
(Montessori School
Mataespesa, Alpedrete)

Solo un presentimiento

65

Ernesto Martínez, un cirujano menudo, de cabello oscuro y edad cercana a los cincuenta, sostenía la mirada fija en el quicio de la puerta de su casa deseando reunir el valor suficiente para entrar. Bajo la luz de la farola, su tez blanquecina se teñía de un amarillo acetileno de tal forma que parecía más horrorizado de lo que ya se encontraba.

Tembloroso, metió su raquítica mano en el bolsillo y sacó un juego de llaves, con el cual abrió la humilde puerta que lo separaba de la cruel realidad. La puerta emitió un terrible crujido al abrirse, asemejándose más al rugido de un león que al de una simple y oxidada bisagra lamentándose. Ernesto cerró fuertemente los ojos, mostrando su incomodidad con el estruendo y, al abrirlos, se topó con una gran desgracia.

El armario de la entrada se encontraba caído, obstruyendo el paso hacia el pasillo, cientos de páginas de libros despedazados recubrían el suelo y se escuchaba un llanto que provenía de la habitación al otro lado del pasillo. Ernesto corrió al encuentro de su mujer, Cecilia,

que permanecía en el suelo lagrimeando y deplorando lo sucedido.

Cecilia le relató lo ocurrido, y Ernesto no pudo reaccionar de otra manera que echándose al suelo para abrazarla y llorar su pena con ella. Su hijo de doce años había cogido la motocicleta de su padre y se había desmembrado contra el muro de hormigón del garaje. Ernesto decidió que no podía darse por vencido. Preguntó a Cecilia dónde se hallaba el cuerpo de su difunto y destrozado hijo y corrió a recogerlo.

66

Exprimiendo su aptitud de cirujano, llevó los restos de su hijo a su sala de operaciones. Se trataba de una pequeña sala rectangular, en la que paredes y suelo estaban cubiertos por baldosines cuadrados, completamente blancos, que transmitían una sensación de abrumadora frialdad. Del techo color marfil pendía una lámpara, de la cual brotaba una luz blanca deslumbrante. Un lado de la habitación estaba totalmente cubierto por estantes que recogían centenares de enciclopedias médicas y fármacos. Al otro lado de la habitación, se encontraba un gran anaquel con cajones en los que se conservaban las herramientas que se empleaban en las operaciones y, posicionados al lado de este armario, se situaban los extraordinarios artilugios más avanzados que ya habían salvado cientos de vidas. En el centro de la habitación, justo debajo de la brillante luz, destacaba el elemento clave de todo: la mesa de operaciones, cubierta por un manto verde.

Primero juntó y estructuró los pedazos procedentes del cadáver de su hijo, y después sustituyó los órganos,

músculos y tejidos faltantes por algunos de un muchacho fallecido esa misma tarde en aquella sala durante una operación. Seguidamente, cauterizó las heridas para que el resultado no fuese terrorífico. Una vez que ya tenía frente a sí una figura humana en un estado aceptable, dio descargas cada vez más potentes con un desfibrilador al cuerpo de Javier, rezando para que este se moviera voluntariamente. Tras interminables horas, admitiendo su fracaso, la ira lo invadió.

Golpeó la pared hasta que le sangraron los nudillos. Volvió a mirar a Javier con esperanza, con una mueca en los labios que simulaba una sonrisa entre sus lágrimas, pero nada sucedió. Miró el reloj, 3:57 h. Recapituló sus pasos, y, al recordar que no había logrado lo más mínimo en toda la noche, volvió a montar en cólera. Cogió el objeto más cercano que tenía, que era la mesa metálica con ruedas donde apoyaba todo el material quirúrgico, y la lanzó con todas sus fuerzas, estrellándola contra la lámpara que colgaba del techo, causando su caída encima de Javier. El cuerpo empezó a dar fuertes sacudidas en reacción a la corriente que fluía en él, y de repente, sus brazos cobraron vida para quitarse aquel aparato de encima.

Javier se levantó y permaneció de pie observando a su padre, sin decir una palabra. Comenzaron a brotar lágrimas de los ojos de Ernesto, que, estupefacto, se lanzó a abrazar a su hijo. Sin embargo, algo raro ocurría, no era como abrazar a una persona, no captaba su esencia. Su hijo seguía muerto. Ernesto tan solo deseaba ver cómo

su hijo se levantaba cada mañana, así que decidió aceptar la situación.

Volvieron a su hogar en coche. Ernesto estaba emocionado, pues había recuperado a su hijo y, para amenizar el viaje, quiso empezar una conversación con él.

—Y... ¿qué se siente cuando estás... —hizo una breve pausa buscando la manera ideal de mencionar lo sucedido— en tan profundo sueño, Javi? —preguntó Ernesto intentando no herir aún más a su hijo.

68

Javier no respondía, tan solo contemplaba con mirada sádica a su padre y, en ocasiones, observaba sus manos, extendiendo y contrayendo los dedos, como si todo aquello fuera algo nuevo. Al llegar a casa, Ernesto presentó a Cecilia su gran hazaña, esperando una respuesta positiva, pero esta corrió aterrorizada a su cuarto gritando: «¡Encierra a ese demonio!». Ernesto obedeció y lo encerró en su habitación con comida y agua hasta que pudiese convencer a su esposa de que lo ocurrido era un milagro.

Los días pasaban y Cecilia no cedía. El padre de familia se disgustó y corrió a comentar lo ocurrido con sus compañeros de trabajo para conocer otros puntos de vista. Muy a su pesar, todos ellos contestaron que una vida artificial no es una vida y que muy probablemente ese «cadáver andante» no causaría nada más que problemas. En aquella situación, no podía hacer más que rendirse y acabar con su creación, pero antes debería conocer la opinión de un experto.

Muy confiado, Ernesto hizo venir a un especialista en niños trastornados para ver si Javier aún era persona.

Sin embargo, cuando el psicólogo pidió al joven muerto que dibujase algo, el difunto agarró un lápiz y lo clavó en la mano del doctor, dejándole una profunda herida sangrante en ella. Cecilia rápidamente recogió a Javier y lo encerró en su cuarto con la intención de que no volviera a salir de aquel antro hasta que volviese a fallecer.

Aquella noche Ernesto se despertó preocupado. Nada iba como él deseaba. Su mujer temía a su preciado hijo, a quien revivió con tanto esfuerzo, y todo el mundo pensaba que era un monstruo. De repente un golpe metálico lo asustó y lo levantó de la cama. Se dirigió hacia el lugar del que había emanado tal estruendo y se horrorizó al descubrir la respuesta al reciente misterio. Aquel sonido metálico conducía a la habitación donde se encontraba su hijo. Ernesto arrimó la oreja a la puerta, con el propósito de escuchar algo más, sin éxito. En el instante en que apartó la cabeza de la puerta, una afilada daga la perforó en el lugar exacto en el que había apoyado la cabeza hacía apenas unos segundos. Ernesto se agarró el pecho con la mano, en un intento de mantener el corazón en su sitio. Era extraño, no se percibía presencia alguna, como si no hubiese nadie dentro.

Ernesto despertó a Cecilia a gritos para no perder de vista aquel cuchillo y juntos reforzaron la agujereada puerta para que Javier no lograra escapar y sembrar el caos.

Decidieron trasladarse con los padres de Cecilia por su seguridad, hasta que todo el horror pasase.

A la semana siguiente, los periódicos y las noticias reflejaban los mismos titulares: «Javier, el nuevo caso

Frankenstein», «Cirujano consigue lo imposible» o «La historia de un padre que revivió a su hijo».

La pareja se había adaptado ya a vivir en aquel nuevo hogar y parecía que Javier no había logrado escapar de su encierro, ¿qué más necesitaban? Pero Ernesto aquel día tenía un presentimiento. No sabía por qué, ni cómo, aunque tenía la sensación de que aquella tarde se iba a encontrar de nuevo con su hijo.

70

Ernesto se despidió de su mujer con un cálido beso en la mejilla, como cualquier otro día, y cogió el coche para ir al trabajo. De camino, decidió pasar por delante de su casa para asegurarse de que todo estaba bien. Cuando llegó, divisó una figura asomándose a la ventana. Entrecerró los ojos para conseguir ver qué era y lo que resultó ser lo dejó sin aliento. Era su hijo, que lo miraba fijamente con los párpados arrancados y con una mueca que se asemejaba a una sonrisa macabra.

Ernesto no se lo pensó dos veces y aceleró para llegar lo antes posible a su trabajo, olvidarse de todo lo ocurrido y centrarse en algo más agradable. Sus compañeros lo notaron diferente, pero todos lo asociaron con el desgraciado incidente de su hijo, sin percatarse de que lo que realmente necesitaba era huir de él. Necesitaba un trago.

Quería pensar que el presentimiento de aquella mañana respondía tan solo a las ganas de verificar que todo iba bien, pero en el fondo sabía que aquello todavía no había comenzado. Tomó un *whisky* y se marchó a casa.

Llamó a la puerta esperando a que la abrieran, pero un incómodo silencio lo invadió todo. Se intentó convencer

de la idea de que Cecilia había salido a cenar con sus padres y, tembloroso, intentó meter la llave en la cerradura. Girar el picaporte le supuso un gran esfuerzo, pues su creciente pánico y el estado en que llegaba le dificultaban la acción. Una vez que entró, descubrió lo inesperado.

La casa estaba especialmente fría, y su presentimiento comenzaba a hacerse realidad. Buscó habitación por habitación, pero no encontró nada. De pronto, se le ocurrió mirar en la despensa, y horrorizado vio algunos mechones de pelo esparcidos por el suelo. Al analizar la disposición de los cabellos, siguió su rastro hasta el sótano y, muy a su pesar, fue a ver qué había allí escondido.

Bajó las escaleras, alzó la mirada y descubrió, clavada en la pared, con afilados cuchillos que le atravesaban los hombros y el abdomen, el incompleto cadáver de su mujer. La cabeza de Cecilia estaba completamente rapada y alguien le había arrancado los párpados. Ernesto rompió a llorar, intentando no hacer mucho ruido para no llamar la atención de quien sabía que era el causante de aquella horrible muerte.

Se secó los ojos y se dio la vuelta, para descubrir que él sería el siguiente. Frente a sí, tenía a su hijo, con la misma sonrisa macabra con la que lo vio por la mañana, con la única diferencia de que ahora lograba ver al completo su mutilado cuerpo y que con su deformada mano sostenía la daga que atravesó la puerta aquel día. Javier dejó caer el cuchillo al suelo, asustando más a Ernesto al producir un sonido que le hacía recordar el día que toda su vida cambió.

Javier se acercó a él, mirándolo fija y silenciosamente. Ernesto no supo reaccionar. Ni se echó hacia atrás ni se adelantó, tan solo intentaba asimilar aquella situación en la que trágicamente se encontraba. Una vez que estaban a menos de un metro, se quedaron callados mirándose fijamente entre sí, esperando a que alguno tomase la decisión que acabase con aquello. Ernesto no se pudo aguantar las lágrimas y, al parpadear, se dio cuenta de que había perdido aquella batalla, pues sintió cómo una fría mano se lanzó hacia su cuello y rápidamente le arrancó la tráquea. Solo se escuchaba un borboteo proveniente de la boca de Ernesto, quien se ahogaba en su propia sangre, y el goteo de esta al caer al suelo. Ernesto acarició la figura de su hijo mientras caía al suelo, y una vez allí, se santiguó y terminó todo. Javier recogió su cuchillo y subió las escaleras sin mirar atrás. Anduvo con paso firme calle abajo sin destino fijo.

Reflejo

Clara Dueñas Mínguez
(Colegio Altamira,
Fuenlabrada)

Reflejo

Desperté y, una vez más, no recordaba nada. Me llamo Cristal, soy adoptada y hay periodos de mi vida incompletos, un vacío en el que estoy inconsciente. Hasta hace poco no sucedía esto, o eso creo, a saber cuánto tiempo pasará entre esos lapsos. Todo empezó con mi decimoséptimo cumpleaños, desde entonces paso gran parte de mi vida en el hospital, y aun así sigo sin saber nada. El resto de mi tiempo se resume en una rutina de lo más ordinaria, claro está, restándole ese tiempo indefinido en el que pierdo la consciencia.

Al abrir los ojos me encontré el panorama usual, mi madre dormida sobre mi camilla mientras me toma la mano, mano que, por supuesto, permanece atada, al igual que la otra. Me gustaría acariciarle el pelo y despertarla con delicadeza, pero no puedo, así que me mantengo en silencio hasta su despertar. Es entonces cuando, como de costumbre, ella va a llamar a las enfermeras para que me desaten y podamos tener nuestro siempre cálido abrazo. Luego vienen unas cuantas pruebas para confirmar que estoy en mis cabales, y más analíticas. Para volver a

nuestra humilde morada. Siempre hemos sido nosotras dos contra el mundo, no conozco a mi padre y todo lo que recuerdo es a mi madre.

76

Tras la larga, silenciosa y casi insufrible cena subí a mi habitación y la observé; a pesar de estar plagada de pósteres típicos de adolescentes, me inunda la misma sensación de siempre: nada. La monotonía es aplastante, no deja de ahogarme y empiezo a llorar hasta el punto de respirar forzadamente; me cuesta. De repente me vuelvo violenta, y en un arrebato he roto todos los papeles ahora insignificantes, me acerco al tocador con la intención de destruir lo que sea, pero, antes de llegar, de nuevo todo se ha vuelto negro. Quizás la rabia se apoderó de mí, o eso me gustaría poder decir, pero era una sensación infinitamente más compleja. Era como si en ese momento hubiera alguien en mi interior, un monstruo que lentamente se apoderaba de mí. Aunque es en vano intentar explicarlo ahora, de todas formas lo olvidaré cuando abra los ojos.

Y desperté en mi cama, con trozos de los pósteres a mi alrededor y todo patas arriba; simplemente asumí que fue un ataque de ansiedad, pero me di cuenta de que el espejo de mi tocador estaba fuera de su sitio y boca abajo. Tras colocarlo me quedé contemplándome a mí misma; tenía el rostro de alguien que no ha dormido en años. Sin embargo, mi reflejo se distorsionó, se dibujó una sonrisa llena de malicia nada propia de mí, a lo que reaccioné levantándome estrepitosamente y caí al suelo. Mientras me frotaba los ojos, trataba de pensar que había sido una

mera ilusión, y que aún tenía sueño, aunque no me lo creí demasiado porque me acercaba al espejo por pavor. Sin embargo, el anhelo de descubrir si realmente fue una simple alucinación fue demasiado fuerte.

¿Alguna vez has oído la expresión: «La curiosidad mató al gato»? Me dije que el gato murió sabiendo, pero quién me iba a decir a mí que el gato sería el que mataría.

Volví al espejo y me enfrenté a él. Me encontré con mi rostro, era el mismo, estaba todo en su sitio, pero tomó una expresión más turbia y taimada, y pronto todo empezó a agitarse hasta que perdí la consciencia.

Mis «episodios» no paraban de repetirse, y no tenía ni idea de cuánto tiempo perdía ni qué hacía en ese periodo indefinido; además, los médicos seguían rehusando contarme qué diantres pasaba y mi ansiedad iba en aumento. En un pasillo escuché a un médico usar la palabra *bipolaridad*; me asusté aún más si cabe, lo que me llevó a acabar empleando el maravilloso poder de internet, ¡que para algo estamos en el siglo XXI!

Tras buscar los síntomas e investigar largo y tendido, los resultados no fueron más que devastadores. Encontré noticias y estudios extraños, también leyendas e historias que giraban en torno a un clan antiguo, el clan Mardu.

En mi búsqueda, hallé la verdad. Los integrantes de dicho clan oriental se sumían en la oscuridad desde jóvenes inexplicablemente. De alguna forma, al contemplar su reflejo, su negrura se apoderaba de ellos como una segunda personalidad, dejándolos inconscientes. Su

realidad, al volver en sí, eran campos ardiendo, aldeas arrasadas y con ellas toda vida que hubiera existido. Descubrí una organización, Morg, que se dedicaba a hacer experimentos encubiertos con descendientes del clan voluntarios, anotaban los periodos de inconsciencia, y viceversa, también el ritmo cardiaco y sus pensamientos en todo momento.

Leer sobre los experimentos fue suficiente, estaba demasiado alterada, debía controlarme, ir hacia un espejo y demostrarme que era pura ficción. Pero volví a ver esa expresión maligna que tantos problemas e inacabables pesadillas me estaba causando. Fue el colmo. Bajé las escaleras en unos saltos y, con ánimo de exigir una explicación, me encontré a mi madre llorando ante una foto de...

—¿Quién es ese? —pensé—. No, espera, yo le conozco, es mi padre, claro. Pero si yo no conozco a mi...

Y ahí fue cuando me invadió un recuerdo borroso, sabía él, y yo hablaba, no era pequeña. Nada tenía sentido, hasta que la siguiente imagen bombardeó mi mente. Era mi padre, yacía, terriblemente asesinado... ¿por mí?

—¡No, para! ¿¡Por qué me muestras esto!?! —gritaba mientras incontables escenas se agolpaban y reclamaban ser vistas y sufridas, innumerables escenas en las que veía en primera persona cómo mataba brutalmente y destrozaba todo.

No cesaban, y yo no paraba de suplicar que saliera de mi cabeza, pero empecé a marearme y supuse qué sería lo que vendría después; no quería. No tenía lágrimas por

derramar, así que grité con la voz que creí haber perdido ya. Fue extraño, nunca había podido gritar pasado tanto tiempo de empezar a perder la consciencia. Pero esclareció, y pude ver a mi madre con una jeringuilla, algo que fue reconfortante, teniendo en cuenta lo que podría haber sido.

Para mi sorpresa, al despertar no me encontraba en una habitación de hospital, estaba en una sala de un blanco cegador, atada a una camilla. En ese momento, entró un hombre con bata blanca y me contó lo que yo ya sabía. Un proyector mostró los atroces actos que había cometido, incluido el asesinato de mi propio padre y algunos amigos que al parecer una vez tuve, pero cuyo recuerdo encerré en lo más profundo de mi ser.

Reforzaron las ataduras sin explicar nada y varios hombres trajeron un espejo; en una de las batas logré distinguir un sello, era Morg. Y entendí por qué estaba allí. Yo era uno más de sus experimentos. Procedieron a inyectarme un suero, cuyos efectos desconocía, para después colocar el espejo justo enfrente.

Grité, en vano, pero grité al ver una vez más mi reflejo distorsionarse; a estas alturas suelo desmayarme, pero esta vez no. Pude ver cómo mi reflejo se acercaba y alzaba la mano, estirándola hacia mí. En ese momento fue como si la otra Cristal posara su mano en la superficie del espejo que, poco a poco, se transformaba de manera que el reflejo atravesaba el espejo intentando alcanzarme. Cuando la otra Cristal llegó a mí, su mano traspasó mi cabeza y mi cuerpo empezó a moverse por sí solo.

Tras muchas más sesiones en las que fui objeto de sus experimentos, entendí que era ese suero que me inyectaban el que me permitía conservar la consciencia mientras mi reflejo se apoderaba de mí, pero no la cordura. Según pasaban las sesiones fui desarrollando poco a poco la capacidad de controlarlo solo un poco: cuando se desataba y mataba a personas, a veces conseguía hacer que retrocediera.

80 Los experimentos no tenían ningún fin. No buscaban una cura, ni siquiera les importábamos. Supongo que simplemente les parecería divertido. Pero con cada atardecer mi odio y mi sed de venganza aumentaban. Empezaba a perder la cabeza, y era perfectamente consciente de lo que iba a hacer, la dejaría ganar.

Llegó la siguiente sesión, y una vez más me inyectaron el suero, y mi reflejo atravesó el espejo y se abrió paso hasta mí. Había perdido la cuenta de las veces que había sentido eso. Logramos desatarnos, lo que no causó gran sorpresa, pues no es que fuera la primera vez, pero sí posiblemente la última. Corrimos, deshaciéndonos de cualquier insensato que osara interponerse en nuestro camino; tanto imprudente causó innumerables bajas en nuestra huida. No me malinterpretes, no puedo decir que lo lamentara, no, después de todo lo que ha pasado.

Logramos salir, y tenía muy claro dónde quería ir. Me las arreglé para llegar a donde una vez viví felizmente ignorante y reí tanto. Desgraciadamente, eso ya es el pasado, y el futuro que me aguarda en la casa es infinitamente más lúgubre. Entré y vi a la persona exacta que quería ver. Mi madre.

Me quedé de pie mirándola, viendo cómo trataba de formular una palabra, rebuscaba y rebuscaba, pero no encontraba nada, estaba demasiado espantada por las marcas que cubrían mi cuerpo y posiblemente consumida por la culpa y los remordimientos. Se lo merecía, ella me ha hecho esto, ella sabía perfectamente adónde me estaba mandando.

Hablé yo, con la voz distorsionada por la fusión con mi reflejo. Se lo eché en cara absolutamente todo, le recordé que debió haberme protegido en vez de venderme a una empresa que jugaba con las personas como si fueran muñecas. Después de gritar y gritar me despedí, y ambas supimos qué pasaría a continuación. Permití a la otra Cristal consumirme y me dejé llevar, ella hizo el resto. Al terminar quemamos la casa. Ya no había nada que me atara y caminé. Esta vez yo sola. Aunque me llevé un espejo para los días en los que la soledad pesara demasiado.

El pintor

Eva Figuero Miravete
(IES Ignacio Aldecoa,
Getafe)

El pintor

Era ya muy tarde. La luna, con gran fulgor, se elevaba sobre las casas de un pueblo que antaño había sido construido para personas de gran fortuna, pero que ahora presentaban una apariencia desoladora y completamente ruinoso. Alguien observaba el panorama desde el balcón de una de esas casas. Aquella persona no vivía en el pueblo, pero llevaba mucho tiempo en aquel lugar ya que su amor hacia el arte la mantenía allí cada día, esperando hasta el amanecer para sacar óleos y pinceles y sumergirse en la creación de una nueva obra. Era un maestro del tercer arte. Hacía ya más de una semana que había elegido instalarse por las noches en aquella casa que, al parecer, se sostenía lo suficiente para que él pudiera trazar a la perfección su próximo cuadro. Como él decía, le gustaba encontrar la belleza en la oscuridad y, desde luego, aquella villa era perfecta para sus propósitos. Una noche se disponía a sacar sus utensilios cuando captó el sonido de los motores de un coche. Se asomó por la ventana con cuidado de no hacer ruido y con gran estupor vio como un cartero se dirigía hacia la puerta para, más tarde,

golpearla con gran estruendo. El pintor, asombrado, bajó las escaleras y con manos temblorosas abrió la puerta. Al hacerlo, hubo un súbito silencio. Después de unos segundos, el cartero rebuscó en su cartera extendiendo el brazo hacia el pintor y depositando así una carta en las manos de este, que, con terror, contempló el sobre en el que estaba escrito su nombre. Subió de nuevo las escaleras para abrirla en un lugar más seguro. Una vez que abrió el sobre se encontró con un papel plegado en el que ponía: «Te vemos, monstruo». Una chispa de terror se propagó por su cuerpo como una onda eléctrica. Alguien le estaba observando pero no sabía quién, puesto que él había comprobado semanas atrás que no había nadie viviendo en aquel pueblo. Guardando el papel en uno de sus bolsillos, salió de casa para ver si encontraba a alguien merodeando por allí; pensó que quizás era una broma pesada y, si así era, hablar con el autor de tan macabra idea. No podía dejar de pensar en el cartero, que, a pesar de ser tan tarde, se había plantado en la puerta de la que ni siquiera era su casa. Quizás aquel cartero le conociera de algo y sabía que estaba allí o, simplemente, era el autor de aquella mofa. Cuando salió de casa, todo estaba desierto; no paseaba muy a menudo por el pueblo porque, cuando lo hacía, se sentía solo y pensaba en su familia, de la cual tenía un recuerdo muy fugaz. Hacía mucho que no veía a nadie. Desde que se instaló en la habitación de aquella casa se había centrado solo en la pintura. Calculaba que llevaba unos tres meses allí y ni siquiera se acordaba de su vida anterior, era como si su mente solo

estuviera hecha para el dibujo, para la belleza de las cosas y, al parecer, su pasado había sido un tanto turbio.

Volvió ya de caminar cuando, al dirigir sus ojos hacia el balcón que se encontraba frente a su casa, vio una mirada que le observaba y que se difuminaba poco a poco como la niebla. No había rastro de ninguna persona, solo estaba la mirada, nada más. Cuando se desvaneció del todo, el pintor comenzó a correr sin apartar la vista de aquella casa. Estaba aterrado, nunca antes había sentido tal pavor. ¿Quién o qué era aquello? ¿Por qué le observaban? Cada una de esas preguntas se le acumulaba en la cabeza. ¿Por qué esa nota tan extraña? Y, sobre todo, ¿monstruo? No entendía nada, empezó a marearse y, justo cuando se iba a derrumbar, la mirada apareció ante él.

Despertó por la mañana, recordaba con total claridad todo lo que había sucedido la noche anterior. Estaba desconcertado; no sabía a quién pertenecía esa mirada, pero ya le daba igual, había decidido irse de aquel lugar. Los acontecimientos ocurridos el día anterior le habían llevado a pensar que aquel empezaba a ser un lugar peligroso y habían despertado en él terror e incertidumbre. Cuando subió a su pequeña habitación, recogió su maletín de dibujo, cogió su mochila, en donde llevaba mantas y un termo y, sin dudarle un segundo, se dispuso a salir del pueblo. Todavía era muy temprano y el sol no calentaba lo suficiente como para sentirse abrigado con su cálida luz; por ello caminaba rápido, por eso y porque quería huir y olvidar todo aquello. Cuando ya estaba en los límites del pueblo, algo hizo que se parara en seco. Una pared

transparente similar a un campo de fuerza le separaba del exterior. Con mucho cuidado intentó salir, pero era incapaz de atravesar aquella construcción extraordinaria. Lo intentó de nuevo, pero, una vez más, rebotaba en ella y no lograba traspasarla. Nunca había visto algo parecido. La pared transparente se camuflaba con el exterior pareciendo así que no había barrera alguna. No sabía qué hacer, se sentó en una roca y escrutó el muro intentando encontrar algún punto débil, pero, por desgracia, no lo había. De momento, por arte de magia, la pared cobró vida y en ella apareció reflejada una sala de mandos; aquello era un laboratorio, solo que con muchos ordenadores y gente que iba de un lugar hacia otro. De momento cayó en la cuenta de que alguien le observaba. Era un hombre alto, y su cara mostraba asombro y miedo. Sus ojos, de un azul intenso, se proyectaban en él como dos grandes focos. El pintor, después de un rato, advirtió que eran los mismos ojos que el día anterior le habían observado desde el balcón. Todo aquello era muy extraño, podía verlos, pero no oírlos ni escucharlos; estaba aislado, apartado de todo lo que tuviera que ver con el mundo exterior. En definitiva, estaba solo. De repente el laboratorio desapareció y la pared se convirtió en un espejo. El pintor, asombrado, dio un paso hacia atrás. Lo que vio ante sus ojos no fue una persona como las que había visto segundos antes. Él era diferente, muy corpulento y alto, y su mirada transmitía tristeza y soledad. Se fijó, también, en que su piel no era igual en todas las partes de su cuerpo, como si le hubieran construido cosiendo varios

tipos de pieles, como si le hubieran creado. El pintor empezó a llorar, quería salir de allí, quería hablar con aquellas personas para que le explicaran qué estaba pasando, por qué él era así, pero la pared no volvió a encenderse. Volvió a su casa y, sacando los cuadros del maletín, empezó a romperlos. Ya no los quería, aquel no era un mundo real, no era el mundo que él había dibujado. Su furia iba creciendo por momentos, estaba dolido y había sido por culpa de ellos. Una vez que terminó con los cuadros salió al pueblo y empezó a destrozarlo. Rompió farolas, techos e, incluso, las ventanas de las casas. Luego, cogió un cristal que sacó de un contenedor y se dirigió hacia la pared. Esta, como minutos atrás, seguía transparente. Con el cristal de punta afilado que sostenía en las manos, comenzó a acuchillar la pared una y otra vez. Después de un tiempo, el pintor contempló cómo la pared empezó a rajarse por el medio y después, de una manera catastrófica, se rompió en mil pedazos como si de un cristal fino se tratase. Al levantar la cabeza vio que todo el mundo corría de un lado para otro. Entró en el laboratorio aproximándose a la persona que le había observado desde el principio. Este le miraba, e intentaba pararlo sin obtener resultado alguno. Justo cuando el pintor se acercaba a aquella persona de mirada penetrante, varias personas se agruparon y empezaron a herirle. Las heridas en su piel eran cada vez más profundas, pero no tanto como las que en aquel momento se habían formado en su corazón. El pintor se sintió acorralado y en un acto de terror, lanzó su enorme brazo sobre varias de las personas

que seguían arrojándole cosas sin cesar. Tras el enorme golpe, las personas salieron despedidas hasta chocar con la pared donde, tiempo después, dejarían de respirar. El pintor se sentía aterrado. Solo había entrado para hablar con ellos; quería respuestas, pero ellos le habían herido, y su naturaleza había respondido de manera violenta. Observó los cuerpos que yacían sobre el frío suelo de aquella sala de mandos. De repente alguien, detrás de él, habló:

90

—¿Ahora entiendes por qué debes estar separado de todos nosotros? ¿Por qué te creé y te aparté del mundo? —Los dedos del científico se deslizaron por la mesa como en busca de alguna partícula de polvo.

—¿Me creaste tú? ¿Por qué lo hiciste? —El pintor era una mezcla de rabia y tristeza, de dolor e impotencia. Nada de lo que él conocía existía o había existido en algún momento, ni siquiera él mismo.

—Quería ser capaz de crear vida, sabía que podría, y lo conseguí. Estas vivo y eres mi creación. —El científico se acercó al pintor extendiendo un brazo con intención de tocarle cuando, en un arrebato de furia, el pintor le dio un golpe en la cabeza, haciendo que el científico se derrumbara y quedara tendido sin vida en el suelo.

El pintor retrocedió unos pasos, ya no había nadie en el laboratorio. Los había matado a todos, y el terror y la soledad le invadieron más que nunca. El pintor salió corriendo, intentó buscar otra salida, una al mundo real, pero no la encontró. De nuevo, estaba completamente solo. Ni siquiera tenía ya sus cuadros. Volvió al pueblo

más tarde y regresó a su estudio. Allí se quedó día tras día, esperando a que alguien fuera a buscarle, aunque una amarga certeza le decía que permanecería solo el resto de su vida.

Innombrable

Diego Gallego
(Colegio Sagrado Corazón
de Jesús-Eslavas Martínez
Campos, Madrid)

Innombrable

Frankenstein se encontraba agotado. Cuatro horas de discurso sobre los derechos de los Humanoides de Gran Estatura ante un público enfurecido por las rígidas reglas de Ciudad Malévola bastan para cansar a cualquiera.

95

Solo el desprendimiento de uno de sus gigantescos brazos en el momento álgido del discurso sirvió para que la muchedumbre comprendiera que el famoso Frankenstein no se encontraba en plena disposición, y le dejaron marcharse a casa.

En sus buenos tiempos, Frankenstein había sido un famoso político, con carisma y don de gentes, que había luchado contra las injusticias y segregaciones de los monstruos de más de dos metros. Había convencido al Consejo de Momias para autorizar vehículos propios para ellos, y a la Asamblea de Brujas para el Libre Acceso a Locales del Centro, además de llevar a cabo reformas de edificios y terrenos para que fuesen accesibles para ellos. Pero ya habían pasado muchos años, y cada vez se encontraba más cansado, y que uno de sus brazos hubiese

salido volando en medio de un discurso no auguraba nada bueno. Nada, nada bueno.

Cuando entró por las enormes puertas de obsidiana a su lóbrega mansión, un viento helado le dio la bienvenida.

—¡Gorgona! ¡No has encendido las calderas!

Unos tacones repiquetearon en el suelo de mármol pulido. Acto seguido, una mujer formalmente vestida salió de detrás de una columna. Su piel verdosa contrastaba con las enormes gafas de sol ovaladas que portaba, y en lo alto de su cabeza, una docena de serpientes se retorcían furiosamente. La mujer estaba claramente enfadada.

—Disculpe, señor. —Su tono de voz era cortante—. Mi nombre es Euríale, no Gorgona, y la tarea de encender las calderas le corresponde a mi hermana Essteno, que está abajo, en el sótano. ¡Yo soy su secretaria!

—Ah... Bueno, discúlpeme, Euríale —farfulló Frankenstein, mientras el mayordomo zombi le quitaba su abrigo de piel de rata—. En realidad, da igual. Me marcho mañana.

—¿Señor?

—Me viene bien un cambio de aires. Estoy estresado y agotado. Necesito descansar, así que he decidido marcharme a mi palacete en el norte.

—Pero, ¡señor!, ¡su agenda es muy apretada! ¿Qué pasará con todas sus reuniones?

—Cancélelas, Euríale. Además, me gustaría invitar a alguien. A Drácula, por ejemplo.

—¿¡Al alcalde!?

—¡Claro que sí! Y también a Lycaon.

—¿A Lycaon, el licántropo, o a Lycaon, el tritón asesino?

—Obviamente al licántropo. El tritón asesino me ofendió gravemente en la última Conferencia sobre el Futuro de los Monstruos Envejecidos.

—Por supuesto, por supuesto. Less llamaré ahora mismo.

Aquella noche, Frankenstein durmió plácidamente en su laboratorio, la sala más sagrada de toda su mansión, donde se entretenía diseccionando cadáveres de animales, que luego aprovechaba para confeccionar su propia ropa. La perspectiva de pasar un par de noches en el norte, lejos de toda la civilización y de su apretadísima agenda, no hacía sino animarle.

El día siguiente amaneció con granizo y lluvia, lo cual solo acrecentó su buen estado de ánimo, además de la excelente noticia que Euríale le transmitió:

—Drácula y Lycaon han aceptado passar tres no-chess en el palacete, sseñor.

—¡Perfecto! ¡Prepare el carruaje mortuorio, Euríale! —consiguió farfullar Frankenstein mientras se acababa la tostada de paté de babosa.

Tres horas después, se encontraba en un espléndido carruaje negro, atravesando los oscuros e inquietantes bosques del norte, rumbo a su palacete. Contaba con tres horas de adelanto respecto a sus amigos, para preparar la casa y acondicionarla para sus ilustres monstruos.

—¡Rrrroarrrrr!

—¡El timbre ha sonado, ya están aquí! —exclamó Frankenstein, mientras acababa de espolvorear todos los sillones de la sala de estar con polvo de cucaracha—. ¡Crrept! ¡Abre la puerta!

El alicaído zombi arrastró los putrefactos pies hasta la puerta, y con un siniestro chirrido la abrió, mientras anunciaba a los huéspedes.

El conde Drácula era toda una leyenda en Ciudad Málévola; como Frankenstein, también se dedicó a las leyes, pero con mucho más éxito, hasta llegar a convertirse en el mismísimo alcalde. Era alto, espigado y pálido. Su personalidad era extraña: de pocas palabras, los monstruos se formaban ideas radicalmente distintas de su persona. Mientras que había algunos que lo consideraban un engréido, otros pensaban que era cortés y educado. En lo que todos coincidían es en que su trabajo en la alcaldía era simplemente intachable.

Lycaon, sin embargo, era mucho más abierto que su compañero. Bajo y velludo, con una sonrisa permanente y muy extrovertido, era el compañero ideal para pasar un buen rato charlando sobre política, deportes, o la última cacería de hadas de la temporada.

—¡¡Amigos!!

—¡¡Frankenstein!!

En las pocas horas que quedaban de la tarde, los tres monstruos se acomodaron en la sala de estar, bebiendo y riendo, como los tres viejos amigos que eran.

—¿Os acordáis cuando, ¡hip!..., en la universidad tuvimos que matar a la profesora de Derechos Civiles, ¡hip!...,

y Frankenstein fabricó un clon exacto, solo para que Drácula, ¡hip!..., aprobara la asignatura?

La conversación transcurría por aquellos derroteros cuando se dieron cuenta de que ya era noche cerrada.

—Ya es tarde... —observó Frankenstein—, vámonos a dormir, pero... ¿habéis visto el día de hoy, con granizo y lluvia? Seguro que mañana es igual, así que aprovecharé para llevaros al Lago Negro a pescar tritones y sirenas.

Ante la unánime acogida de la idea, las tres personalidades monstruosas se retiraron a descansar a la espera de un nuevo día.

—¡¿¿SOL??!!

Efectivamente, los peores temores de Frankenstein se habían hecho realidad: al día siguiente, un deslumbrante sol lucía en el cielo, derramando luz por toda la campiña y, cómo no, generando calor. Mucho calor.

—¡Crrept! ¡Cierra las ventanas, corre las cortinas, protejámonos! —exclamó Frankenstein, mientras se paseaba por su alcoba a un lado y a otro, desesperado.

—Cálmate, Frankenstein, ya no podremos ir al lago, pero seguro que encontraremos otra actividad que hacer —saltó el diplomático Drácula.

—¿Y si cerramos todo, puertas y ventanas, y no dejamos pasar la luz, y aprovechamos para contar historias... —Lycaon mostró una sonrisa llena de aterradores dientes amarillentos— de miedo?

Veinte minutos después, los tres monstruos se encontraban dispuestos en corro en la sala de estar de Frankenstein. Disfrutaban arropados por una aplastante

oscuridad, excepto por unas cuantas velas que titilaban esporádicamente aquí y allá.

—Lo más importante —afirmó categórico Drácula— es que el nombre del protagonista de nuestra historia sea terrorífico, que hiele la sangre cuando se pronuncie.

Los dos estuvieron de acuerdo, y el trío de amigos se afanaron en encontrar, rellenando papeles y hojas, el nombre más terrorífico que se les pudiera ocurrir.

100 Después de un largo rato, Frankenstein, observando cautamente su pequeña hoja de papel, a la luz de una pequeña vela, sonrió.

—Ya lo tengo. —Y les enseñó el trozo de papel.

Justo en ese momento, un rayo de sol penetró en la estancia por una ventana mal cerrada, iluminando el trozo de papel y revelando el nombre más terrorífico, que helaba la sangre cuando se pronunciaba: «Mary Shelley».

En el bosque, entre la niebla

Leyre Gallo Fernández
(Santo Ángel British School,
Madrid)

En el bosque, entre la niebla

Las campanas de la iglesia me devolvieron a la realidad. Aunque el bosque estaba nevado, me había quedado tumbada durante horas bajo un frondoso árbol. Pensando. Soñando. Me sacudí la nieve del vestido viejo y comencé el camino de regreso al pueblo. Hacía años que vivíamos en una aldea cercana a Huesca, porque mi madre pensó que un cambio de aire nos vendría bien a todos. Después de media hora llegué a la iglesia, el punto de encuentro en este lugar. Parecía como si la felicidad nunca hubiera existido; todo el mundo andaba lentamente por las blancas calles, sin prisa alguna, deseando estar en cualquier otro sitio.

103

Al mes de habernos instalado en nuestra nueva casa, mi padre comenzó a comportarse de una manera extraña; todas las noches, cuando el gran reloj de la plaza tocaba las doce, salía a la calle sin decir nada. La primera vez le esperé despierta unas cuantas horas hasta que el sueño pudo conmigo. La mañana siguiente, entró en la cocina y, cuando le preguntamos dónde había estado, no contestó.

Al llegar a casa, la señora que trabajaba en la panadería cercana, me observó como si esperase algo de mí. Aunque los habitantes de este pueblo eran escasos, uno no podía fiarse de nadie. Todos ocultaban secretos y fingían ser quienes no eran. La señora tenía un hijo, Alan. Había coincidido con él alguna que otra vez, pero nunca habíamos tenido conversaciones demasiado largas. Me moría por conocerle.

104

Tras las salidas nocturnas de mi padre, la gente comenzó a pensar que tenía algo que ver con las extrañas desapariciones que se estaban produciendo. Después de los primeros casos, todos nos volvimos desconfiados y miles de rumores llegaron a nuestros oídos.

Al entrar por la puerta noté el fuerte olor de los perfumes y jabones que hacía mi madre; recogía las flores y plantas en el bosque y luego los vendía a un precio asequible. Me tumbé en la cama y me eché a llorar. Cada vez que recordaba aquella historia, no podía evitar emocionarme y maldecir todas las injusticias de este mundo. Porque a veces las cosas no salen tal y como tú quieres, pero para seguir adelante hay que saber aceptarlas.

Mi padre afirmaba que era inocente y que no sería capaz de acabar con la vida de nadie. Fueron los peores meses para mi familia, por lo menos para mí. Cada vez que salíamos a la calle, nos amenazaban con ahorcarnos y quemarnos en la hoguera, y nadie se relacionaba con nosotros. Hace justo tres años las amenazas se hicieron realidad. Solo me permito recordar los golpes en la madera y la imagen del fuego de las antorchas tras

las ventanas. Rompieron la puerta y se llevaron a mi padre.

De esa noche solo puedo recordar dolor. La tristeza y el sufrimiento de ver con tus propios ojos cómo te quitan lo que más quieres. Es algo que no se puede soportar. Le llevaron a la plaza y le colgaron. Los abucheos de la gente se convirtieron en aplausos y vítores. Mi madre y yo salimos tras ellos, pero dos personas solas no pueden conseguir mucho. Solo más sufrimiento.

Me levanté de la cama y me sequé las lágrimas, esas lágrimas tan reales y sentidas como las de aquella noche, ese tres de febrero que nunca olvidaré.

105

Cada vez que se cumplía un año de la fatídica noche salía al bosque y me tumbaba sobre la fría nieve. Eso me despejaba y me ayudaba a pensar. Mi madre solía decirme que solo soñaba despierta, que no me daba cuenta de lo que pasaba en el mundo, en nuestro pequeño mundo.

Cuando mi madre llegó a casa, la ayudé a preparar la cena y nos sentamos en la mesa del comedor. Por un momento, me fijé en su rostro y, por primera vez en mucho tiempo, pude apreciar el sufrimiento de sus ojos, los cuales con el paso de los años se estaban volviendo grises. Mi madre y yo nos habíamos distanciado, probablemente porque no éramos capaces de entendernos. Recogimos los platos y nos fuimos a dormir. Bajé la persiana y me metí en la cama.

Inesperadamente noté que alguien me susurraba al oído, pero no podía entender lo que decía. Me levanté de la cama, encendí una vela y me miré al espejo;

mis ojos verdes se reflejaron junto a mis rojos labios y, un segundo después, todo se apagó. Pude notar cómo mi respiración se aceleraba y cómo el viento se colaba por las rendijas de las ventanas. Con cuidado, volví a encender la vela y en el espejo pude ver a mi padre acercándose lentamente hacia mí. Me quedé paralizada unos instantes, pero me sentí feliz. Se había dejado el pelo largo y había vuelto a sonreír. Llegó al espejo y me miró. Juntamos las manos a ambos lados del cristal y esperamos. Tras unos minutos sacó un papel y me enseñó el torpe boceto de una mujer dibujada, pero no pude reconocerla. La luz volvió a apagarse y, cuando me quise dar cuenta, la figura de mi padre había desaparecido.

Tenía los pies fríos y me sudaba todo el cuerpo. Nunca me había encontrado tan mal. Las mantas se habían caído al suelo y agarraba la almohada con tanta fuerza que parecía que iba a romperse. Me levanté sobresaltada y, para mi desgracia, me di cuenta de que estaba afónica.

Salí a la calle y comencé a andar sin rumbo fijo. Al pasar por delante de la panadería, pude ver al chico colocando los panes en el escaparate. Se me quedó mirando y le sonreí. Me iba a poner en marcha cuando oí la puerta de la tienda cerrarse con un portazo.

Se acercó a mí corriendo y me preguntó si llevaba prisa. Le contesté que no con la cabeza y seguí mi camino, pero esta vez acompañada. Nos sentamos bajo un árbol y comenzamos a charlar. Hacía tiempo que vivía en la soledad de mis pensamientos y, aunque me gustaba tener

tiempo para mis cosas, echaba de menos hablar con alguien que me entendiera, o al menos que lo intentara.

El sol comenzó a aparecer poco a poco y las estrellas y la inmensa luna llena desaparecieron lentamente. Quedamos en volver a vernos pronto y regresé a casa. Esa noche no pude dormir, el sueño de la noche anterior se repitió y no me dejaba ver las cosas con claridad. ¿Qué significaría el dibujo de la mujer? Y, lo más importante, ¿por qué el mismo sueño?, ¿por qué mi padre?

Pasaba los días junto a Alan; de la nieve comenzaron a brotar pequeñas florecillas y el sol brillaba en lo alto del cielo. Jugábamos con el agua de la fuente, nos tumbábamos en el césped y disfrutábamos del calor que poco a poco comenzaba a llegar. Había aprendido a superar mis pesadillas y conseguía calmarme cada vez que ocurrían.

Eran las nueve de la noche cuando el cielo empezó a oscurecer. Me dirigí al bosque para llenar los cubos en el riachuelo. Regresando a casa, observé un montón de harapos tirados sobre la hierba y me acerqué cuidadosamente. Era la camisa que llevaba Alan la noche anterior. Con lágrimas en los ojos comencé a gritar su nombre desesperada y corrí al pueblo a dar la noticia.

Las siguientes semanas me sentí vacía, perdida. Todas las cosas que marchaban bien, en cuestión de segundos, desaparecieron de mi vida, como si nunca hubieran existido.

Aquella noche volví a soñar, y al despertarme sobresaltada sentí el impulso de salir al bosque. El pueblo estaba en silencio. No se oía un alma. Comencé a andar

recordando el inquietante dibujo en mi cabeza. En algunas ocasiones me daba la sensación de que me estaba volviendo loca, que todo era fruto de mi imaginación, pero algo desconocido me impulsaba a seguir.

108 Nunca me había adentrado tanto, empezaba a estar cansada cuando me pareció ver una figura entre los árboles. La sombra comenzó a aproximarse y empecé a temblar. Después de estar unos instantes paralizada, eché a correr. Me había desorientado, no sabía volver. Las casas del pueblo no se encontraban por ninguna parte y el campanario se perdía entre la niebla, estaba atrapada. Estuve corriendo durante más de veinte minutos, pero me daba la impresión de que lo hacía en círculos.

Tenía la sensación de que los árboles me miraban y se reían de mí. Seguí corriendo, empecé a angustiarme. Comenzó a llover cada vez más fuerte; las gotas chocaban contra el suelo y me salpicaban. El miedo se apoderó de mí. El cielo volvió a tronar cuando tropecé, caí y me golpeé la cabeza. Un hilillo de sangre me mojó el pelo. Pude notar cómo la figura se acercaba a mí y me agarraba con sus frías manos. No pude apreciar sus facciones, pero antes de perder el sentido, un conocido olor a lavanda me envolvió, mientras el mundo se detenía para siempre.

Todo comenzó una mañana de invierno, con un poco de nieve, un fuerte viento de origen desconocido y unas campanadas que anunciaban el mediodía. Y acabó con una fuerte lluvia y una sombra encapuchada que reconocí sin ver. Dicen que el azar no existe, que las personas entran y salen de tu vida por una razón. También dicen

que la vida nos prepara para la muerte, que es solo el principio de algo maravilloso. En este momento me siento feliz porque ya me he reunido con las personas que más quiero, y desde aquí es fácil ver las cosas con más claridad.

El extraño caso de John Byron

María González
del Tánago Landín
(Colegio Huérfanos de la
Armada, Madrid)

El extraño caso de John Byron

Era la segunda vez que *lord* Byron se despertaba a la misma hora, las dos y cuarenta y dos, y con la misma sensación: alguien le arrancaba el corazón mientras le susurraba algo ininteligible.

113

No quería avisar a su mujer para no preocuparla, pero tres noches después, con los mismos sueños, gritó sin darse cuenta, provocando que su mujer, Anna, despertase.

Se levantó alarmada, pero se calmó al ver a su marido sentado en la cama. Al principio no se asustó mucho, pensó que solo habría sido un sueño. Cuán equivocada estaba. Si solo hubiesen sido sueños, no llevaría ya casi dos semanas soñando lo mismo y levantándose a la misma hora.

Al cumplir ya las tres semanas de tormento, volvió a despertar a su mujer. Esta no lo quería reconocer por miedo, pero había notado muchas noches el sudor frío que desprendía el cuerpo de Byron.

Esa misma noche quiso hablar con él, pero se negó diciendo que eran simples pesadillas. Anna no estaba

tranquila y avisó a un médico amigo suyo, John Polidori. Creía que era un problema de estrés provocado por la muerte de su madre y que con un poco de melisa o tila se solucionaría.

Así ocurrió. John le recetó unas infusiones que las primeras noches parecían haber funcionado, pero enseguida se repitieron noches iguales que las anteriores.

114 La noche número quince, la voz le recordó a la de alguien familiar. Pudo distinguir las palabras *corazón* y *río*. Jamás se imaginó lo que podrían significar.

Al pasar las semanas se fue haciendo más amigo del médico, que iba a verle todas las mañanas para ver si progresaba. Obvio que alguna mentira cayó, pero, al notar la cercanía con que se trataban, decidió contarle que las voces le recordaban a alguien; en concreto, a su padre. *A priori*, John no quiso mostrar demasiada sorpresa para no alarmar a su amigo, pero pensó que debía investigar sobre el tema.

Hoy comencé mi investigación. Busqué noticias sobre el padre de Byron, John Byron. Solo hallé un artículo sobre el juicio en el que estuvo implicado como presunto asesino. Pero al final de este se demostró la falsa acusación. Además de eso solo he encontrado la dirección de la casa en donde creció. Nada especial, pero me gustaría ir a la casa a ver si alguien vive allí.

Lo que sí me saltó a la vista fue que no se sabe nada sobre la muerte de su madre ni de la desaparición de su padre.

Tampoco me atrevo a preguntarle por si se pone a la defensiva y ya no me cuenta nada más.

Esta parte del diario de John Polidori me ayudó a conocer la historia completa.

Unos días más tarde, Byron dejó de recibir las visitas diarias de su médico ya que este desapareció sin avisar.

Resulta que la curiosidad mató al médico. Decidió ir a la ciudad natal de su amigo a ver si encontraba algo que le ayudase a curar a Byron; aunque ya sospechaba que el problema era mental, algo que él no podría curar. Cuando llegó a Londres, cogió un carruaje para dirigirse a la dirección exacta.

115

Cuando ya estuvo en la acera de la calle, echó a andar hasta llegar al número 42.

Desde fuera, la casa parecía abandonada, por lo que decidió entrar. La puerta estaba abierta. Acompañado del chirrido de las bisagras, empujó la puerta. Todo en el interior estaba lleno de polvo. Solo quedaban algunos muebles tapados con sábanas amarillas que en un principio debieron de ser blancas. Lo que más le llamó la atención fue un cuadro enorme situado justo enfrente de la puerta, al lado de las escaleras. Le quitó la manta y se destapó un retrato; debían de ser su madre y su padre. La mirada de la mujer transmitía una desolación inmensa. Realmente daba miedo. Parecía pedir ayuda con sus ojos envueltos por un leve tono rojizo. A su lado, John Byron tampoco transmitía mucha seguridad. Daba la sensación de que te seguía con la mirada.

El médico decidió continuar con su investigación y se dirigió a la cocina. Nada, solo polvo y muebles roídos por el tiempo.

Subió las escaleras y tampoco encontró nada fuera de lo común.

Volvió a bajar. Al estar de vuelta en la entrada, giró la vista hacia el cuadro y notó que algo sobresalía por el lado derecho. Una llave. En cuanto vio el objeto, se acordó de la puerta de la cocina que estaba cerrada.

Cuando estuvo frente a la puerta, encajó la llave y la giró.

116 Una escalera de madera se extendía ante él. No dudó ni un segundo y bajó los peldaños.

La oscuridad envolvía el ambiente. Solo entraban unos pocos rayos de sol por una ventana cubierta de polvo. Se acercó y pasó la mano para limpiarla. Se arrepintió al instante. La imagen que se le presentó delante le dejó helado. Nunca había visto nada igual de terrorífico. Nunca se podría haber imaginado esa estantería llena de tarros con nombres de personas. Pero lo que le aterró fue saber lo que contenían los botes. Corazones. Los corazones de personas probablemente inocentes se extendían ante él. Salió de su aturdimiento y se acercó a la mesa que había al fondo. Buscó en los cajones hasta que encontró algo que le ayudaría a entenderlo todo, un diario. Lo abrió por el final y comenzó a leer.

Hoy conseguí lo que llevo buscando dos años, el corazón de Catherine. Ha sido la persona más difícil de matar. Hacerla ir al río... nunca pensé que me costaría tanto.

Solo me queda un último objetivo, lord Byron. Por fin pagaré por todo el daño que ha hecho en mi vida. Por su culpa tuve que dejar de salir a cenar con amigos, Catherine me dejó

en un segundo plano, tuve que dejar de ir al campo para cuidar al niño. ¿Y cómo me lo agradece? Se va de casa y se olvida de que debería ayudar a su padre a subsistir. Ni se preocupó en investigar sobre si mi muerte fue real o no. Tener hijos para esto. Para que te abandonen y se olviden de ti. Por eso me las pagará. No debió haber nacido. No me habría obsesionado con la caza y la sangre, con su corazón, si no me hubiese privado de él.

Levantó la vista al ver la fecha: hace 18 semanas exactas. La fecha de la muerte de la madre de Byron y el inicio de sus pesadillas. Y además todos pensaban que John había muerto. Tenía que avisarle, y a la policía, de que seguía vivo y era un loco asesino. Iba por ahí matando gente y robándoles el corazón.

John se levantó corriendo, decidido a salir de ahí y a buscar a la policía. Cuando estaba a punto de llegar a la entrada, oyó el sonido de la puerta cerrarse. No podía permitir que le pillasen. Le matarían a él también. No tuvo tiempo para pensar. Vio pasar su vida por delante de sus ojos. Su mujer, sus hijos, su carrera... Después, todo se volvió negro y su corazón fue puesto en un tarro con su nombre y llevado a una nueva estantería. Allí estarían los corazones de las personas que no debían meterse donde no las llaman.

Pero esa balda estaría incompleta ya que solo hacía falta un corazón concreto para terminar la colección.

Lord Byron se enteró de la muerte de su amigo. Quiso averiguar sobre ella y, para ello, fue a Londres. Allí encontró el cadáver.

Lo que más le atormentó el resto de su vida fue que al visitar la tumba de su madre se encontró con la de su padre abierta y vacía.

Ahora se cuenta que en el número 42 sigue vagando un ser que nadie ha conseguido ver y que colecciona corazones de la gente que ha cometido el error de acercarse a él.

Nadie se atreve a entrar.

Realidades

Sara de Gregorio Chavero
(Colegio Arcángel Rafael,
Madrid)

Realidades

Existen dos tipos de realidades. La primera es la que percibimos y la que acostumbramos a ver día tras día, calificándola como «normal». Por ejemplo, al observar un pájaro que vuela por encima de nuestras cabezas. Cuando somos niños nos resulta un fenómeno extraño porque todo para nosotros es nuevo, pero cuando empezamos a tomar conciencia del mundo que nos rodea dejamos de sorprendernos y comenzamos a aceptar la realidad y a intentar explicar por qué es así. Sin embargo, en el fondo, algo es normal para nosotros porque ya lo hemos visto otras veces. La segunda realidad es aquella que no sentimos, que está ahí pero que no podemos explicar, y que, por tanto, ignoramos. Se manifiesta en pequeños fenómenos extraños que solo algunas personas observan y que rara vez se toman en serio. Preferimos vivir en la primera realidad, donde todo, absolutamente todo, tiene explicación. No obstante, a veces, y solo a veces, un ser humano se encuentra con algo que no la tiene, se inmiscuye sin quererlo en esa capa de segunda realidad que normalmente bordeamos sin atrevernos a entrar.

Yo atravesé esa capa. Y es que el amor no entiende de realidades.

122

Londres, a principios del siglo xx, era una de las ciudades más importantes de Europa, la capital de un gran imperio. Todavía recuerdo el momento en el que llegué. Ni siquiera la neblina de la contaminación ni la ausencia de luz podían empañar su belleza. Estaba solo, después de haber recorrido un largo trayecto hasta allí, y me quedé maravillado ante la majestuosidad de sus edificios y la cantidad de gente que había en sus calles. Para alguien como yo, nacido en un pequeño pueblo belga, y sin haber conocido otra cosa que grandes caminos y pequeñas ciudades, aquello era sencillamente increíble. Durante dos años había acompañado a una pequeña banda musical que dirigía un amigo de mi padre, quien había fallecido cuando yo tenía doce años. Sin embargo, cuando ellos decidieron viajar a París, yo decidí cometer la locura de viajar hasta Londres solo. El número de accidentes y atracos que sufrí durante mi travesía fueron bastantes más de los que un muchacho ingenuo como yo habría imaginado, pero, por suerte, conseguí llegar a mi destino. Aunque sin una sola moneda y con un conocimiento del inglés un tanto deficiente. Mis penurias durante los primeros años en la ciudad tampoco fueron pocas, y me permitieron experimentar un miedo diferente al que te producía el no disponer de comida y tener que mendigar o trabajar en una fábrica en horribles condiciones: el miedo a la noche. Por la noche todo era diferente. Se oían gritos, ruidos y golpes, y se veían sombras furtivas escondiéndose entre

la oscuridad de la noche. Yo me acurrucaba en la calle o en algún edificio abandonado, o incluso, si había tenido suerte, en una pequeña habitación que había conseguido, y esperaba temblando que el día llegara, intentando desaparecer durante las horas en las que nada más que la negrura se adueñaba de la ciudad. Porque, a pesar de que por el día normalmente el cielo estaba nublado y oscuro, siempre tenías el consuelo de que el sol se mostraba detrás de aquella capa que lo ocultaba. Por la noche no era una capa lo que tapaba la luz, simplemente la luz no existía.

123

Un día mi destino cambió. Estaba tocando en la calle, un frío día del segundo invierno que pasaba en la ciudad, cuando una mujer de unos cuarenta y muchos años se acercó a mí. Me ofreció un trabajo en su local tocando por las noches. A cambio tendría una pequeña habitación y algo de comida. Con suerte, también algunas monedas. Eso para mí fue un milagro, y pensé que era lo mejor que me había pasado nunca. Hasta que entré en el bar y la vi. Quiero dejar muy claro que me enamoré de ella en ese mismo instante. Era la hija de la mujer que me acababa de acoger, la dueña del local. Algunas noches acompañaba mi actuación bailando, con su cabello pelirrojo flotando en el aire y aquellos ojos azules que al mirarme me hipnotizaban.

Nuestra boda se celebró tres años después, cuando ambos acabábamos de alcanzar los veinte años. Fuimos teniendo éxito, nos contrataban para actuar en diferentes sitios y pudimos pagarnos una pequeña habitación.

Todo era maravilloso, estupendo, perfecto, si se puede alcanzar la perfección. Entonces descubrí algo que acabó con todo en lo que creía. Al final de la primavera de nuestro cuarto año casados comencé a sufrir insomnio. Como ya he mencionado, siempre había temido la noche, y en aquella época empezó a costarme mucho conciliar el sueño. Un día como otro cualquiera no podía dormir, y de repente sentí cómo, en el silencio de la noche, mi mujer se levantaba. No le di importancia hasta que empecé a pensar que estaba tardando demasiado en volver. Sin embargo, el sueño finalmente me alcanzó y no me dejó aclarar mis temores. Dos noches después me sucedió algo parecido. Y la noche siguiente, y la siguiente también. Era verdad. Mi mujer desaparecía en la madrugada. Pero... ¿adónde iba?, ¿con quién?, ¿por qué no me lo había contado? Confiaba en ella, aunque necesitaba saber. Así que al día siguiente me quedé despierto, fingiendo haberme dormido pronto. Entonces mi mujer se incorporó, se aseguró de que estaba dormido y me dio un suave beso en la mejilla. Por un instante me sentí culpable. Y la culpabilidad y mi miedo innato a aquella etapa del día me hicieron plantearme el quedarme en la cama. Ignorar. Confiar. No, necesitaba conocer. Al final decidí levantarme y seguirla. Ojalá nunca lo hubiera hecho. Al salir a la calle, gélidas gotas de lluvia me recibieron mientras los contornos de los edificios se transformaban en formas tenebrosas. Atravesé la oscuridad, puesto que ya no era una mera capa que me envolvía, sino que había vencido mi miedo y me había internado en ella, en

el mundo de la noche, en la segunda realidad. Perseguí a mi mujer y, mientras avanzaba, todo tipo de temores se iban agolpando en mi interior. La lluvia empapaba mi ropa y cada vez era más difícil distinguir su silueta entre aquella barrera que caía del cielo. Lo peor era ese silencio. Si escuchabas te dabas cuenta de que estaba conformado por crujidos y chapoteos producidos por el agua al caer. Todo ello le daba a la ciudad un ambiente profundamente irreal. Tras unos diez minutos caminando, los escalofríos que sentía al principio se convirtieron en un terror irracional que me recorría todo el cuerpo. Tan solo quería ver adónde se dirigía mi mujer y volver a casa. La perdí al doblar una esquina. Estaba distraído, tembloroso y empapado, y la perdí. Por un instante el más absoluto pánico me atenazó, hasta que fui consciente de que no podía haber ido tan lejos, y de que también podría regresar, esperarla y enfrentarme a ella a su regreso. De hecho, esa me parecía la opción más atractiva. Hasta que la encontré.

125

Estaba en un callejón, de espaldas a mí, inclinada sobre un cuerpo. Me quedé allí parado, sin saber reaccionar, intentando buscar una explicación lógica a lo que estaba observando. Entonces ella se giró. Su cara estaba cubierta de sangre que le caía por el cuello. Largos colmillos blancos asomaban por su boca. Sus ojos eran círculos negros que relucían en la oscuridad. Por un momento pensé que se iba a abalanzar sobre mí. No lo hizo. Se limitó a correr y apartarme a un lado, desplegando unas magníficas alas negras. Me quedé tumbado mirando hacia el cielo. Todo

aquello parecía una pesadilla. El amor de mi vida era un monstruo. Simplemente no podía aceptarlo. Temblando me acerqué al cuerpo inerte que había en el callejón. El agua pura y cristalina se mezclaba con el rojo. Busqué algún signo de que siguiera vivo, pero era demasiado tarde. Sus ropas estaban ensangrentadas y rasgadas, señal de que había mantenido una pelea con su atacante. Dos pequeños orificios circulares sobresalían en su cuello. Estaba frío como el hielo y pálido como la nieve. Me hice las preguntas que mi cerebro intentaba evitar: ¿cuántas víctimas habría habido?, ¿desde cuándo mi mujer era un ser diabólico? En definitiva, ¿qué estaba pasando? La necesidad de respuestas hizo que me levantara y buscara a la única que podía responderme. Quedaría poco tiempo para el amanecer cuando vi su sombra recortada en uno de los tejados. Ascendí con cuidado y me tiré sobre ella. Me vio y me derribó de un solo golpe, dejándome contra la pared del tejado, casi sin aire. Viéndola desde tan cerca no pude evitar que las lágrimas cayeran por mis mejillas y que las palabras se escaparan de mi boca:

—¿Quién... qué eres? —conseguí decir. Ella me miró largamente y finalmente me contestó.

—Soy una criatura de la noche, más antigua de lo que puedas llegar a imaginar —contestó con una voz fría e impersonal. La miré con miedo—. Esa es la cara que nunca quise que me pusieras. Esa es la mirada que nunca quise que me dirigieras. Por eso te lo oculté. Para evitarte ese sufrimiento. Porque te quiero. No debería, pero lo hago.

—¿Que me quieres?! —estallé—. Dudo mucho que ahí dentro tengas un corazón con el que poder amar. Yo también te quería, pero eres un monstruo asesino, ¿cómo pretendes que lo ignore? —solté con rabia y los ojos llenos de lágrimas.

—Mato para sobrevivir, y solo a personas que lo merecen: ladrones, asesinos, timadores... Es mi naturaleza, no puedo evitarlo.

—Tú no eres nadie para decidir quién debe morir o no. Al asesinarlos te rebajas a su nivel.

—No es justicia, es supervivencia —replicó.

—No puedo dejar que sobrevivas como lo estás haciendo —respondí en un ataque de valentía. Una parte de mí todavía no creía lo que estaba viendo. Amenazaba a mi mujer, a quien había jurado amor eterno, con quien había sido feliz tanto tiempo.

—Entonces libérame. Clávame ese cuchillo que llevas escondido. Libra al mundo de una asesina, que al fin y al cabo eso es lo que soy, un monstruo. —Cruzamos una mirada, la suya de dolor, la mía de incertidumbre—. Por favor, hazlo. Solo tú puedes darme la paz que necesito.

Cruzamos una última mirada y nos dijimos lo que no habíamos podido decir con palabras. Entonces agarré el cuchillo y se lo clavé en el corazón. Murió entre mis brazos. Su sangre manchaba mi ropa, mis manos, mis brazos, pero no me importaba. El cuchillo yacía en el suelo. La abracé con todas mis fuerzas y lloré. El dolor era demasiado insoportable. Todavía hoy lo sigue siendo. El único consuelo que me queda es que era su deseo. Vivir en paz.

Ojalá yo pudiera hacer lo mismo. Sin ella mi vida no tiene sentido. Para mí, esa realidad se ha acabado. Abandono este mundo y espero que en la nueva realidad ambos tengamos una segunda oportunidad. Vislumbro por última vez mi querida ciudad de Londres antes de lanzarme al vacío.

Oscuridad

Daniel Izquierdo Sánchez
(Colegio Los Peñascales,
Las Matas)

Oscuridad

Oscuridad es un término usado para definir, entre otras cosas, un espacio en el que hay falta de luz. Esto puede originar pérdida de orientación, ansiedad y/o miedo. Esto es todo lo que siento aquí encerrado, completamente a oscuras, sin saber cómo he llegado ni lo que hago aquí. Solo sé que estoy atado con un grillete a lo que parece una viga y me duele toda la cara. Me toco la nariz y la noto húmeda, me chupo el dedo y, como sospechaba, es sangre. Palpo todo lo que hay a mi alrededor tratando de descubrir algo más, pero solo siento las frías paredes que me rodean. Empiezo a hiperventilar y oigo un ruido lejano; parecen pasos, pasos que se van acercando cada vez más hasta que de repente cesan. Escucho un objeto metálico y acto seguido se abre una ranura que me deslumbra y cae algo que parece comida. Empiezo a gritar para que me saquen de aquí, pero solo me contestan: «Piensa», y rápidamente cierran la ranura y vuelvo a estar a oscuras. Me estiro llorando a por la comida y, cuando por fin consigo probarla, esta sabe muy raro; es un sabor que nunca antes había probado, es carne (sin ninguna duda), pero

¿qué clase de carne? Toco sutilmente el resto de la comida y noto una forma extraña, parecía un dedo de una mano humana. Mis manos ahora están llenas de sangre y yo, con náuseas, no puedo parar de llorar, de gritar y de preguntarme qué está pasando.

132 Pasan las horas y esto cada vez huele peor, cada vez tengo más sed y hambre, y solo de pensar en que lo único que tengo de comida es otra persona, se me forma un nudo en la garganta y me vienen ganas de vomitar. Únicamente se oye mi estómago rugiendo y mis llantos de desesperación.

Tras un largo sueño, supongo que es el día siguiente, y veo que nada ha cambiado, me duele mucho la pierna por el grillete y el olor de la carne ya podrida es insoportable. Vuelvo a oír los pasos que se van acercando cada vez más hasta que se paran en seco. Esta vez se abre una ranura por la parte de abajo de la pared y veo cómo meten un plato con un líquido que no logro identificar. Se lo pregunto a la persona, pero me contesta: «Piensa». «¿Pensar el qué?», contesto airado, pero en ese momento me doy cuenta de que, por mucho que pregunte, no me van a responder lo que yo quiero, y raudamente vuelven a cerrar la abertura. El plato está ahí delante, inmóvil; me quedo mirándolo fijamente (aunque no lo vea físicamente) pensando en qué podría ser ese extraño líquido. Podría ser sangre, lejía o cualquier otro veneno, y el no saberlo me está reconcomiendo por dentro. Tengo mucha sed, pero ¿y si esto me mata? Ya no puedo confiar ni en mi instinto. Sigue pasando el tiempo y la sala cada vez huele

peor y mis tripas gritan hambrientas; no dejo de mirar el plato, cada vez con más ansia, mientras que en mi cabeza no paran de discutir dos voces a gritos, una que dice que me lo tome, y otra que no. Como veo que no cesa este debate interno, decido dormir. Al despertar, palpó delante de mí y noto que sigue ahí. Desesperado decido beberlo, sin importarme lo que me pueda pasar, ya que nada podría ser peor que por lo que estoy pasando. En un principio, no está tan malo, pienso, sabe a agua, pero con algo más, algo que nunca antes había probado. No parece sentarme mal, mi cuerpo me agradece algo de hidratación, pero en ese momento me empieza a doler la tripa y veo una figura delante que me empieza a hablar. Curiosamente esta me dice lo mismo que el secuestrador: «Pien-sa». Esta tercera vez me hace recordar cómo llegué aquí.

133

Yo vivía en Tenerife en una mansión al lado del mar. Eran las doce de la noche y acababa de llegar a casa después de un largo día de trabajo. Había tormenta, sonaban truenos como si de enormes dragones enfurecidos se tratara y las ramas de los árboles se agitaban como si trataran de huir de algo. Entré en mi casa y me senté en el sofá a ver la televisión para descansar del duro día, pero era casi imposible escuchar algo, debido a los golpes del airado viento contra la ventana. Tras media hora, en un abrir y cerrar de ojos se fue la luz. Deduje que fueron los plomos, así que salí a comprobarlo. Una espesa niebla en la que no se podía ver nada a más de cinco metros de distancia se había asentado fuera. Los plomos estaban en la parte de atrás de la casa y fui tocando la vieja pared para

no perderme, aunque tenía una extraña sensación: era como si alguien me siguiese, pero yo miraba a los lados y no veía a nadie, así que seguí mi camino. Una vez que llegué, los miré y efectivamente todos habían saltado; los volví a encender y, cuando me di la vuelta, vi una figura extraña acercándose entre la niebla. Estaba muy nervioso y completamente empapado y paralizado del terror, mirando la figura acercándose, pero para cuando quise gritar ya era demasiado tarde y me dejaron inconsciente en el suelo.

Después de recordar esto, me han surgido otras dudas como: ¿quién era yo como para merecer esto? Así que se lo pregunto a la figura, pero esta se desvanece y entonces me vienen recuerdos oscuros de mi pasado.

Yo era un médico que tenía una pequeña clínica y me consideraba muy prestigioso, aunque a la vez sabía que era codicioso y egoísta, pero eso a mí me daba igual. Siempre lo quería todo para mí sin importar lo que costara, por eso ponía precios exageradamente altos a enfermedades no muy difíciles de tratar con tal de ser más rico. En ocasiones venía gente enferma y pobre, y, como no me podían pagar, les cerraba las puertas de mi consulta. Un día, vino una niña de diez años muy enferma del pulmón. En un principio traté de ayudarla, pero como sus padres no podían pagar el costoso tratamiento, la dejé ahí, tirada en la camilla, luchando por dar un último aliento hasta que ya no pudo más y el pitido del pulsímetro fue constante. Los llantos de su familia penetraban en mis oídos, pero yo trataba de ignorarlos mientras

les daba unas falsas condolencias. Después de esto, seguí con mi vida normal. A menudo me llegaban cartas de la gente diciendo que era culpa mía, pero yo pasaba de ellas, cegado por mi codicia y mi ansia de ganar.

Al recordar esto empiezo a llorar, dándome cuenta del monstruo que era, y acto seguido vuelvo a oír unos pasos acercándose que cada vez retumban más fuerte en la sala y se paran en seco, escucho unos mecanismos abrirse y, de repente, una gran luz me deslumbra y oigo una voz que me dice: «Ahora ya lo sabes». Miro al frente usando mi brazo como gorra y veo a la madre de aquella niña con una mirada envuelta en sangre y empuñando una pistola. Yo comprendo todo lo que hice, así que con resignación bajo la cabeza y digo en voz baja: «Lo siento». Ella, envuelta en ira, me apunta con el arma, y con un sudor frío en la frente aprieta el gatillo.

En la piel del asesino

Laura López Bravo
(Colegio Juan de Valdés,
Madrid)

En la piel del asesino

Me encantaría pensar que todo aquello fue un sueño, que esos recuerdos borrosos de mi mente no son más que el fruto de todas las pastillas que me he tomado. Pero no me serviría de nada engañarme. Todo aquello por lo que pasé entonces me parecía impensable, y ahora forma parte de mí. Nunca podré olvidarlo.

139

Era una noche cualquiera, de un día cualquiera, en una ciudad cualquiera. Iba por la misma calle de siempre, sola. Doblé la esquina para acabar en el mismo bar en el que ahogaba mis penas siempre que podía. Acababa de dar el último sorbo al tercer margarita de la tarde cuando se abrió la puerta de aquel antro y entró la última persona a la que deseaba ver.

Eric Hale había sido mi prometido durante casi dos años. Aunque hubiera querido, me habría sido imposible no caer rendida a sus pies cuando le conocí. Con esa sonrisa perfecta y esos ojos que me miraban como si fuera la única del mundo. Por desgracia, aquello solo fue una ilusión. Después de siete años juntos, Eric decidió que yo no era suficiente, así que se casó con mi hermana en una

espectacular y alegre boda a la que no asistí, y tuvieron una niña que yo no tenía intención de conocer. Por supuesto, me invitaron a ambos eventos, habría sido poco ético por su parte no hacerlo. Sin embargo, yo preferí entregar mi alma a la fría y solitaria barra del bar. Sin amor, sin dolor. Simplemente mi copa y yo. Estaba sumida en mis pensamientos cuando se sentó a mi lado un hombre un tanto peculiar. Por la forma en que vestía no parecía pertenecer a este barrio. Solo el perfume que llevaba ya valía como todo mi armario. Decidida a ignorar la suerte que dios había decidido darle a él y no a mí, me levanté dispuesta a marcharme, pero los margaritas surtieron su efecto y tuve que volver a sentarme.

—¿Un día duro? —me preguntó el desconocido.

—Una vida dura. Aunque, bueno, qué sabrá usted de eso. Con todo el dinero que aparenta tener está claro que su vida no puede compararse con la mía.

—No se fíe de las apariencias. Aunque no me puedo quejar. Por cierto, mi nombre es Izan. ¿Puedo invitarla a una copa?

—Como beba una sola gota más tendré que volver a mi casa en ambulancia. Además, no necesito su caridad.

Me levanté tambaleándome y, cuando creía estar cerca de la puerta, me choqué con el responsable de mi afición por el alcohol. No recuerdo exactamente todas las barbaridades que le solté, solamente recuerdo que le deseé la muerte a él, y a toda su familia, y el misterioso rostro de aquel hombre que hacía unos segundos tenía al lado.

A la mañana siguiente me desperté con un dolor de cabeza horrible, evidente consecuencia de la resaca. Pero aquella vez tenía algo nuevo. Noté una ligera punzada en el costado. Me levanté la camiseta, y descubrí un tatuaje con la fecha «19/10/2020». De todas las locuras que esperaba hacer estando borracha, tatuarme la fecha de este día era la última que esperaba. Cuando me dirigía a la cocina, recibí una llamada de un número desconocido.

—¿Sí? —pregunté medio dormida.

—¿Señorita Gabriella Rivas?

—Sí, soy yo.

—Soy el comisario Sánchez. La llamo por su hermana. Lamento informarle de que ella y su familia han sido asesinados en su domicilio esta mañana. Necesitamos que venga a reconocer el cuerpo.

Sin saber exactamente cómo reaccionar, colgué el teléfono pensando sin ninguna duda que aquello era una broma de mal gusto. Encendí la tele para distraerme y se me heló la sangre en las venas: Eric, mi hermana Nicole y mi sobrina Olivia habían sido brutalmente asesinados en la casa que mi exprometido y yo habíamos alquilado meses después de conocernos. Cogí sin pensarlo el coche y minutos más tarde estaba en *shock* arrodillada ante aquella horrible escena: mi hermana tenía la cabeza completamente separada del cuerpo. Estaba cogida de la mano a Eric, que tenía el pecho abierto, con el corazón arrancado. Olivia estaba en los brazos de mi hermana, blanca, sin vida, envuelta en una manta ensangrentada. Al lado de los tres cadáveres estaba escrito con sangre:

«La muerte siempre gana». No supe hacer otra cosa que romper a llorar sin control. Estuve allí tendida hasta que me quedé sin lágrimas, y, cuando reuní las fuerzas necesarias y me levanté, descubrí una cara que me resultaba familiar: rebuscando entre mis borrosos recuerdos, caí en la cuenta de que aquel hombre que estaba allí de pie era el mismo con el que había hablado la noche anterior en el bar. Caminé como pude hasta él y, entre lágrimas, le dije:

142

—¿Qué estás haciendo tú aquí? ¿Acaso eres policía o algo así?

—Nada de eso —me dijo con una sonrisa maliciosa—. Estoy aquí por ti. Me gustaría invitarte a esa copa que te ofrecí ayer.

—¿Estás hablando en serio? ¿Me ves con humor para salir de copas ahora?

—No sé por qué te afecta tanto esta muerte. Tú misma la deseaste. Y tus deseos son órdenes para mí.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Ayer, cuando nos conocimos, te encontraste a Eric y digamos que lo borde que fuiste conmigo no puede compararse a todo lo que le soltaste a él. Entre todos tus gritos pude oír que deseabas que él y toda su familia estuvieran muertos. Y yo estoy aquí para hacerte la vida más fácil. Puedo asegurarte que todas las personas que quieras eliminar de tu vida desaparecerán. El único inconveniente es el siguiente: cada vez que alguien muera por un deseo tuyo, la fecha de su defunción quedará grabada en alguna parte de tu cuerpo, recordándote siempre

las vidas que quitaste. Ese es mi precio. A cambio, tu vida pegará ese giro que llevas tanto tiempo esperando. ¿Qué me dices? ¿Tenemos un trato?

—¿Esto es una broma? Y en el caso de que sea verdad, ¿acaso crees que estoy tan desesperada como para aceptar tu trato?

—¿En serio quieres que responda a tu pregunta? Todo esto empezó porque tu hermana te la pegó con tu prometido, pero tu desgracia no termina aquí. Después de aquello te enganchaste a la bebida. Por supuesto, a tu jefe no le gustó y, sin querer escuchar tus explicaciones, te despidió. La noche que te quedaste sin trabajo te emborrachaste en el bar donde nos conocimos, y un borracho como tú, aprovechando que no podías defenderte, te violó. Sin embargo, no denunciaste, dado que aquella noche no recordabas ni tu nombre. Y así una desgracia tras otra. ¿De verdad quieres que esta sea tu vida? ¿Quieres seguir ahogando tus penas en la barra del bar cuando podrías eliminar todos tus problemas con solo estrecharme la mano?

No sé si fue por lo hundida que estaba o porque el alcohol del día anterior aún me estaba haciendo efecto, pero acepté.

A partir de entonces mi vida se convirtió en un círculo vicioso de muertes macabras. Cuantas más muertes deseaba, y más gente moría, mejor me sentía. Conseguí que todas aquellas personas que me habían hecho daño pagaran por ello. Unos meses más tarde, mi cuerpo ya tenía más de veinte fechas tatuadas, y el número

seguía subiendo. Pero no me importaba. Tenía el poder de decidir sobre la vida de los demás. Deseaba la muerte sin control, y cada muerte que pasaba era más macabra que la anterior. Estrangulamientos, cuerpos partidos por la mitad, cabezas sin cuerpo, órganos arrancados, cuerpos despedazados... Era como una droga. Sin embargo, al final la locura me consumió, y acabaron metiéndome en el psiquiátrico en el que estoy ahora. Grité sin control que yo no había hecho nada, que había hecho un trato con el diablo y que él había provocado todas aquellas muertes. Nunca me creyeron.

—Por favor, tiene que sacarme de aquí, yo no he hecho nada. Ha sido él. Un hombre alto y apuesto llamado Izan. Él los ha matado a todos. Es el diablo. Cada vez que mataba a alguien me aparecía un tatuaje con la fecha de la muerte. Es el precio que él me impuso. Es cierto que yo deseaba las muertes, pero era él el que mataba —le expliqué entre lágrimas a la psicóloga que llevaba mi caso.

—Señorita Rivas, después de una larga investigación, la policía ha encontrado evidencias que demuestran su participación en los crímenes. Al parecer, después de cada muerte, usted misma se tatuaba las fechas debido a su sentimiento de culpa. Según mi evaluación, usted no está estable mentalmente: tiene esquizofrenia. Ese tal Izan del que habla... no existe. La asesina siempre ha sido usted.

Batalla perdida

Elena Monge Hermida
(Colegio Virgen de Europa,
Boadilla del Monte)

Batalla perdida

147

Que piensen lo que quieran. Lo que quieran, les digo. Porque ya está bien. Todo el día hablando y hablando y hablando. Y no escuchan. No muestran ni un ápice de piedad hacia mí. Yo..., que os he dado tanto. Y, sin embargo, ¡que vean cómo me lo pagáis! Con risas agudas, estruendosas, dañinas, afiladas. ¡Me revientan los tímpanos, y consiguen que note mi corazón palpar en la cabeza! Un corazón que pensé que ya no tenía. ¡Sois seres crueles! ¡Crueles, os digo! ¡Crueles!

¿Me escuchan ahí fuera? ¿Eh? ¿Me escuchan? No se fíen de aquellos que se acercan a ustedes, que los marcan. Lo que marca marca. Y les acompañará toda la vida. ¡Miren lo que me han hecho a mí! ¡Díganles que me dejen! ¡Ordénenselo!

¿Qué sucede? ¿Están notando cómo mis palabras se deslizan por sus cuerpos? ¿Lo notan? Suaves, sigilosas. ¿Notan cómo los acarician, los abrazan y acaban atrapándolos? Mírenme a los ojos. Alcen sus cabezas, y mírenme a los ojos. Díganme todo lo que me han dicho hasta ahora, pero mirándome. ¿Ven cómo no pueden? ¡Cobardes!

¡No sois más que cobardes, que empequeñecen por no sentirse empequeñecidos!

Sois criaturas malvadas. Dejad de gritar ya. Por favor, por favor. Me estáis comiendo poco a poco. Dejadlo ya. ¡Dejadlo ya! Dejad de gritar, de golpear mi cabeza. Dejad de tratarla como si fuese vuestra. ¡Es mía! ¡Dejad de darme órdenes! ¡Dejad de controlarme! ¡No soy vuestro muñeco! Dejadlo ya.

148

Conseguís que alguien fuerte o débil llore. Quizá solo conseguís que alguien llore, a secas. ¡Miradme! Jamás he llorado, y mientras grito a vuestras sombras, desesperado, bajan por mi cara torrentes de agua agria. De rabia. De impotencia. Sois malvados... Malvados. Os intento atrapar y no hago más que correr. Correr un camino que no existe. ¡Dejadme ya! No dejéis que siga persiguiendo vuestras sombras.

Por favor, dejadme.

¡Sois bestias malignas! Me arranqué los ojos para no volver a ver más ojos clavados en rostros de piedra, rostros impasibles. ¡Los arranqué y los metisteis dentro de mí! Me rompí los labios por no recordar otros labios traidores, labios mentirosos. ¡Los rompí, y guardasteis el recuerdo en mí! Sois bestias. Corté mis orejas, por no escuchar voces ni una vez más. ¡Las corté, y el sonido lo grabasteis en mi cabeza! No he parado ni un día de escucharlas. ¡Ni un día en tantos años! Crueles, viles, bestias. ¡Dejadme ya!

Callaos. Silencio. Callad.

¿Lo oís?

Callaos y dejadme escuchar. Parad un momento, por favor. Parad, parad, parad. Quiero escuchar. Creo estar oyendo el sonido de la conciencia. Es un sonido monótono, constante. Va aumentando poco a poco. ¿De dónde viene? Bam. Bam. Bam. Una, y otra, y otra.

¿Qué ha sido eso?

Dejad de atormentarme. Ahí está otra vez. ¿Os acordáis de cuándo nos conocimos? Era una noche oscura. ¿Era noche, o era día? La verdad es que tengo los recuerdos muy borrosos. Sentía rabia, lo recuerdo. Yo siempre he sentido rabia. Pero ese día sucedió algo diferente.

149

¡No, por favor, no! No volváis a gritar otra vez. Siento que voy perdiendo la batalla contra vosotros poco a poco. Pero yo nunca pierdo batallas. Bestias. No sois más que bestias. ¿Ven ahí fuera cómo me están tratando? ¿Ven cómo me manipulan? ¡Y ustedes no hacen nada al respecto! Están viendo cómo sufro. Ven cómo me rompo. Ven cómo me canso. Ven. Ustedes no son mejores que las bestias que están conmigo. Vivo rodeado de bestias. ¡Ustedes también son bestias! Bestias, bestias, bestias. Pobre de mí.

Bam. Bam. Bam. Otra vez. ¿Lo oís? ¿Dónde estáis? No veo nada. Aprendí a ver sin ojos, pero ahora no veo nada. ¿Y vuestras sombras? Tampoco veo vuestras sombras. Ni vuestras almas. No veo. Haced que pare el sonido. ¡Haced que pare! El caos acabará conmigo.

¿Os divierte ver cómo sufro? No cambiaréis nunca. Desde el momento en que nos conocimos disfrutáis volviéndome loco. Pero yo no estoy loco. No. Sois vosotros los que habéis perdido el juicio.

¿Quién me toca? ¡Suélteme! ¡Que me suelte! Déjeme en paz. Paz es lo que yo necesito. Paz. Parad de gritarme. Me estáis haciendo daño. Mucho daño. ¿Queréis saber qué es el daño? Dejad que mis palabras os arañen. Dejad que os seduzcan. Dejad que os abracen. Dejad que os traigan conmigo.

Dejad que... Bam. Dejad qu... Grito. Dejad... Bam. Dej... Grito. D... Bam. Grito.

150 Me ahogo. Me hundo. Me asfixio. Me ahogo, me hundo, y me asfixio entre vuestras palabras, gritos, maldades y dolor.

Necesito respirar. Por favor. El pecho me oprime. No me llega el aire. No pasa. Por favor, ayudadme. Se me cierra la garganta. El aire, por favor. Dadme aire.

Bam. Todo es por vuestra culpa.

La Bestia del Conocimiento

Mario Narváez Atance
(IES Miguel de Cervantes,
Daganzo de Arriba)

La Bestia del Conocimiento

Permitidme que me presente, mi nombre es Frank Stapleton, soy un anciano de 80 años, y aquí os dejo los motivos de este mi último acto, hoy vengo a contaros mi historia....

153

Yo era un chico como cualquier otro, estudiaba música en un conservatorio; aún conservo mi primera guitarra, adoro su maravilloso sonido, es lo mejor que me ha pasado.

Un rasgo de mi carácter que me ha definido es que siempre he querido ser el mejor en cuantas cosas me he propuesto realizar, y cuando no lo era no podía soportarlo; esto fue la raíz de todas mis desgracias.

Mi tío, que en paz descanse, era farmacéutico y tenía un laboratorio; era un hombre muy comprometido con su trabajo e investigaba en busca de una cura para diversas enfermedades. Siempre he sido una persona curiosa, y me encantaba aprender todo tipo de cosas, y, sin ser esto una excepción, muchas tardes me quedaba con mi tío para que me enseñara a manejar aquel mundo apasionante de probetas y tubos de ensayo, y he de reconocer que me hice un experto en la profesión.

Tras la repetida frustración que me provocaba el sentimiento de incapacidad de no ser el mejor, decidí intentar crear una pastilla que potenciara enormemente mi habilidad de aprendizaje, y pudiera así abarcar mi sabiduría en todos los ámbitos que me propusiera. Podría ser una bestia del conocimiento.

154 ¡Era el plan perfecto!, fruto de una rigurosa investigación, había dado con las sustancias que, mezcladas con determinados compuestos y en determinadas proporciones, lograrían provocarme ese efecto. Sabía que podía lograrlo.

No podía fallar, debía tomar la fórmula en sus justas proporciones, y en dos semanas empezaría a notar el efecto: lo que normalmente tardaría en aprender un año lo aprendería en un solo mes. Estaba eufórico.

Pasaron algunas semanas y empecé a probar mis capacidades en las materias que tenían que ver con el conocimiento, decidí probar otras disciplinas: piano, violín, oboe... Al cabo de unos meses destacaba en cada una de ellas, pero aquello empezó a cambiar, no reparé en los efectos secundarios que pudiera traer consigo, e hice mal en no pensarlo, muy mal...

Era una fresca noche de verano, salí a pasear con mis padres, y caí en la cuenta de que no había nadie en la calle, algo que supuse normal, ya que los jóvenes debían de haberse marchado a las fiestas de un pueblo vecino y las personas mayores estarían ya descansando. En las calles dominaba el más absoluto silencio, hasta que a eso de la medianoche empecé a oír unas campanadas, y a tener

visiones. ¡Era un funeral! Pero no podía ver de quién era. Vi a mis padres llorando, y a muchos de mis seres queridos; de fondo, sonaba la *Marcha Fúnebre* de Chopin.

Tras esto empezaron a venirme a la mente una serie de imágenes espantosas: mi madre y mi padre me miraban con desilusión, como si les hubiera decepcionado de tal manera que les fuese imposible reconocer a su hijo.

Algunos meses después, mi cuerpo fue cambiando y adoptando un aspecto monstruoso, se me alargaron los brazos, la boca, los colmillos, las orejas... Cuando empecé a notar cambios en mi anatomía, decidí irme de casa, a vivir a una pequeña y vieja cabaña que había a unos kilómetros de mi pueblo; solo yo sabía que existía, o eso pensaba al menos.

Ya lo tenía todo preparado, había cogido lo más importante para mí, les había escrito una carta a mis padres donde les explicaba los motivos de aquella huida e intentaba tranquilizarlos.

Tardé cerca de tres días en llegar, pero el trayecto se me hizo muy placentero, ya que iba pensando en la nueva vida que tendría y me paraba de vez en cuando para disfrutar de la soledad y armonía de aquel paisaje.

Pasó el tiempo y mi físico no era lo único en mí que estaba cambiando, empecé a volverme cada vez más cerrado, huraño e introvertido, y me asaltaban continuamente ideas terribles, una necesidad imperiosa de hacer el mal, algo contra lo que luchaba con todas mis fuerzas.

Con el paso de los años, acabé por perder la última raíz de bondad que en mí quedaba, me volví una bestia,

un ser con multitud de conocimientos, que emplearía para hacer el mal. Seguía aislado de la sociedad, en mi fría y solitaria choza en medio del bosque, gritándole cada día a los pájaros, enfadándome con el tiempo, en una monótona rutina, día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Todo seguía un ciclo sin rumbo, sin más fin que el de mantenerse vivo otro día más, pero un día eso cambió, el día en que ella apareció.

156

Era una noche de tormenta, no se veía a penas nada; la luna se escondió detrás de las nubes, parecía como si hasta ella me tuviera miedo. De pronto, a lo lejos pude contemplar el contorno de una sombra, una sombra humana; no me equivocaba, en efecto, era una joven que andaba exhausta y perdida. ¿Cómo osaba entrar en mi terreno? Me enfurecí y me dispuse a acabar con ella. Me acerqué sin llamar la atención para no alertar a la muchacha y así poder atacarla por sorpresa, que no tuviera opción de contraatacar, y acabar de un golpe rápido y letal con ella. Mi intento salió mal. Cuando me disponía a asestar mi golpe certero, la chica vio mi horrible aspecto y salió corriendo presa del pánico. Me lastimé y me enfadé conmigo mismo, no había sido capaz ni de acabar con una indefensa jovencita.

Para mi enorme sorpresa, poco tiempo después, la joven volvió a aparecer por allí. Esta vez se me ocurrió una idea mejor; me acerqué a la joven con una capucha que me tapaba casi toda la cara, solo se intuían algunos rasgos, pero me cubría lo suficiente como para evitar que reconociera que fui yo el monstruo que la atacó en nuestro último encuentro.

Entablamos una conversación amigable y la invité a visitar mi morada; en mí albergaba la intención de terminar lo que el otro día quedó inconcluso, pero ella pareció no darse cuenta de ello. Entramos en casa, la acompañé al salón y me dirigí a cerrar con llave la entrada principal para que no se me pudiera escapar. Todo estaba saliendo según lo previsto.

Tras ofrecerle un café caliente, empezó a relatarme que su caballo había salido corriendo del establo y ella estaba buscándolo; pero anocheció y empezó a llover. Entonces me contó lo de su ataque y huida y que hoy había vuelto a buscar de nuevo a su caballo. Conversamos largo y tendido durante toda la tarde hasta que se hizo de noche, y, pese a que algo dentro de mí me impulsaba a atacarla, otro extraño sentimiento en mi interior me impedía hacerlo, era una rara sensación que nunca había experimentado.

Cuando estaba a punto de marcharse, me preguntó por qué siempre llevaba esa capucha y me invitó a quitármela; le dije que no le gustaría lo que encontraría debajo, mas tanto insistió que accedí. Ante su rostro quedó expuesto todo el horror que en mí albergaba, pero su mirada penetrante, llena de bondad, buscaba reparar todo el mal que había en mí. En ese momento comprendí que una luz de esperanza había llamado aquella noche a mi corazón.

A su lado logré contener toda esa maldad que me causó la medicina; no obstante, de vez en cuando me volvían arrebatos de ira, que ella apaciguaba con la mayor

dulzura. Pero todo se desvaneció una noche, cuando los dos descansábamos, en la que preso de mi maldad cometí el acto del que me arrepentiré siempre. Me levanté, cogí un cuchillo y subí las escaleras lentamente, dispuesto a hundirlo en su pecho y acabar con la semilla de su vida, a apagar la luz de toda esperanza. Llegué hasta la habitación como una hoja arrastrada por el viento, sin poder hacer nada por evitar aquel cruel destino; sin ningún tipo de escrúpulo acabé con mi única oportunidad de recuperarme...

Y es por eso, amada mía, pobre víctima de mi cruel y necia decisión, que con aquel cuchillo desgarré de mi interior aquel lado femenino que había acudido al auxilio de mi alma. Sonaron unas campanadas y en la lejanía sonaba melancólica la *Marcha Fúnebre* de Chopin.

Días después, en una humilde choza, en medio de un bosque perdido, encontrarían el cuerpo sin vida de un ser deforme y monstruoso, con un cuchillo clavado en el pecho. Junto a él encontrarían unas hojas amarillentas y ensangrentadas donde se narraría una triste y horrenda historia de sueños, anhelos y destrucción.

Lagunas no resueltas

Lorenzo Pérez Ortiz
(Agora International School
Madrid, Villaviciosa de
Odón)

Lagunas no resueltas

La historia que vas a leer ahora no es una historia cualquiera. No es un relato que te cuentan en las acampadas para asustarte, no. La diferencia es que esta es cierta. Así que si todavía no has dejado de leer, prepárate, porque esta historia dice así:

161

Yo vivía en una casa muy modesta, pero con lo justo y necesario. Mi madre decidió que ya no quería vivir más en la ciudad y nos mudamos al campo. Lo malo es que cuando tenía que ir al colegio, tenía que caminar casi cuarenta minutos todos los días que mi madre no me llevaba en coche, pero no me quejaba. Al fin y al cabo ya tenía dieciséis años y tenía que comportarme como una adulta.

Era un cálido día de verano, los pájaros no paraban de cantar y el sol saliente pintaba el cielo de naranja. Se apreciaba el suave sonido de la brisa, el sonido de las primeras hojas al caer, y se notaba el húmedo ambiente al estar cerca de aquel calmado mar. Parecía el día perfecto para ser emprendedora, para ser creativa, o simplemente para relajarse y observar el paisaje.

Aquel día me levanté muy pronto, porque, aunque quería dormir más, no conciliaba el sueño. Así que me puse las zapatillas y, de puntillas, sin hacer ruido, para no despertar a mi madre, bajé las escaleras y me fui directa a la cocina, donde desayuné lo de siempre: leche con cereales.

162

Era muy temprano y el sol acababa de salir, así que salí de casa y anduve por el angosto camino que llevaba hasta el bosque. El bosque normalmente estaba lleno de vida, pero ese día mientras yo paseaba por él no divisaba ni un ápice de movimiento. Continué con mi caminata y no le di mucha importancia ya que era de madrugada. A menudo daba ese mismo paseo, sola o junto a mi madre, pero siempre seguía el mismo camino. En mitad del trayecto había una bifurcación que siempre tomaba por la derecha, pero ese día la tomé por la izquierda. La verdad es que nunca me había preguntado qué encerraba ese camino, aunque, a medida que lo seguía, los árboles se iban haciendo más numerosos, los cantos de pájaros desaparecían y la brisa se convertía en viento. Pero iba a seguir hasta que averiguase qué se escondía en ese camino alternativo. Al final del trayecto no había nada más que vegetación y animales. Pensé que estaba perdida, sin embargo, conseguí encontrar un camino que me llevó a casa. No era el mismo que había tomado al llegar, pero al ver una casa a lo lejos lo seguí. Lo raro fue que cuando llegué no había nadie en casa, supuse que mi madre había ido al mercado a comprar la comida. Al entrar por la puerta, una ola de calor invadió mi cuerpo. Sin duda alguna, a la casa le había pasado algo, así que lo primero que hice fue bajar la

temperatura. Como ya había arreglado el problema con el calor y todavía no había llegado mi madre, intenté matar el tiempo viendo la tele o escribiendo alguna historia, ya que escribir era una de mis aficiones. Pero, cuando fui a ver la televisión, ni siquiera había televisor. Entonces subí a mi habitación a escribir en mi ordenador, la habitación estaba vacía. Recorrí la casa entera, y no había nada. El exterior de la casa era una copia exacta de la mía, así que no me podía haber equivocado, pero dentro no había ni un mueble. De repente, un ruido ensordecedor me aturdió por unos segundos. Alguien entró en la casa. Me fui al cuarto de baño, ahora vacío. Me temblaba todo, empecé a hiperventilar y no sabía qué hacer. De repente, oí cómo se cerraba la puerta, así que hui por la ventana. Tenía el corazón a mil y con los nervios se me cayó el móvil al suelo. Una persona me empezó a perseguir, por lo que corrí hasta un granero a medio kilómetro de mi casa. Me escondí dentro de la reserva de grano. Pasaron los minutos y no oía nada. Dejé que pasara la media hora y decidí salir, cuando, acto seguido, un hombre enmascarado me golpeó en la cabeza dejándome inconsciente. Recuperé la consciencia con una herida en la cabeza cuando ya era de noche. Estaba dentro de una habitación con una ventana y un colchón. Las paredes eran de hormigón y había una puerta de acero por la que el mismo hombre que me golpeó entró en la habitación. El hombre era de altura media, tenía un pasamontañas, unos ojos negros, una camisa de cuadros negra y unos vaqueros azul marino. El hombre entró para decirme que no saldría de allí, y que era inútil

pedir ayuda. Me dijo que cualquier intento de huida sería castigado como al anterior inquilino de la habitación, pero no me dijo cómo me castigaría.

164

Los días se hacían eternos. Mis únicas actividades allí eran mirar por la ventana y recostarme en la cama a descansar. Ya me sabía el paisaje de memoria. Siempre era el mismo; un muy extenso bosque al frente y una cabaña a la izquierda, donde supuse que dormía mi raptor. El bosque estaba lleno de árboles, pero no se veía ningún animal por la zona. La cabaña era de madera y con una fachada de ladrillo. La entrada tenía dos ventanas y un portón de madera más oscura que la del resto de la vivienda. Un día, mientras miraba por la ventana, vi cómo el hombre que me había encerrado se quitaba el pasamontañas para entrar a su morada. Pude ver su cara por unos segundos, pero al verlo aparté la mirada. Su rostro no parecía humano. Tenía toda la cara lacerada, y quemaduras por todo el cuello. No pude ver mejor su rostro, pero tampoco quería. Esa noche decidí que no quería permanecer ni un segundo más allí encerrada comiendo lo poco que me traía. A partir de ese momento memoricé todos los recorridos que realizaba aquel hombre. Por la mañana salía de la cabaña a cazar con una escopeta. Después, llegaba con su presa y se metía a cocinarla en su cabaña. Minutos más tarde me traía la comida y volvía a la casita. No sabía su posición hasta que regresaba con la cena y volvía a su cabaña, por lo que mi única oportunidad era aturdirle mientras me traía la comida y escapar. Pero era una niña, así que, ¿cómo iba a asestarle un golpe

lo suficientemente fuerte como para noquearlo? Tardé bastante en darme cuenta, porque en realidad no hacía falta. El colchón en el que dormía era de muelles, por lo que lo único que tuve que hacer fue sacar uno. Pero, al darle la vuelta al colchón, vi una mancha de sangre reciente mal limpiada a la altura de la almohada. En ese momento comprendí qué le había ocurrido a la anterior persona secuestrada. Tuve que mentalizarme de nuevo y pensar bien en la estrategia de huida si no quería acabar de la misma forma, pero al final decidí continuar con el plan. El secuestrador abría la puerta con llave, me daba la comida y, después, la cerraba, así que lo que hice fue poner el muelle dentro de la cerradura para poder invertirla y escapar. Ya solo quedaba esperar a la cena para llevar a cabo mi plan.

La cena llegó y, cuando la terminé, abrí la puerta y escapé. El corazón me latía a mil por hora. Tenía la boca seca e iba de puntillas para no hacer ruido. Salí por una ventana abierta, pero era muy de noche y no veía nada. Di la vuelta a la casa y, de repente, avisté un poco de luz. Con los nervios de salir de aquel infierno no me había percatado de que no estaba pisando hierba, o que ni siquiera había cielo. Estaba pisando cemento y el supuesto cielo era una fachada de metal. El corazón me empezó a latir más y más fuerte. Esa luz que había visto no parecía natural, sino artificial. La luz venía de un proyector que apuntaba hacia mi ventana. La cabaña que yo veía no era más que una pared con una cabaña proyectada, y el bosque era otra proyección. Pero la supuesta cabaña sí que tenía una puerta por la que pasar, y aunque mi raptor

había salido por esa puerta, me arriesgué y salí por ella. Al salir, una luz cegadora me aturdió. No era de noche, sino de día, y no me encontraba en medio de un bosque perdida, estaba en medio de una nave industrial y acababa de salir de un contenedor de más de veinte metros de altura y veinte de ancho. Avisté al hombre que me tenía cautiva aproximándose a lo lejos hacia mi posición, así que corrí hacia otro edificio. Nada más entrar capté un olor muy fuerte, pero no lo pude identificar. Seguí el pasillo principal que me llevó a una habitación. Abrí la puerta y vi a un hombre descuartizado en una mesa a mi izquierda. Visceras colgando del techo, vitrinas con órganos, y a mi derecha al autor de esa barbarie. El ruido de la puerta me delató y el hombre se dio la vuelta. Tenía la cara lacerada, al igual que mi raptor, y al verme comenzó a perseguirme. Hui lo más rápido que pude de aquel edificio, pero, al salir, mi secuestrador me dio un golpe seco en la frente que me noqueó. Lo siguiente que recuerdo es que me desperté en la parte trasera de un camión y que había un hombre junto a mí. No pude fijarme en cómo era el hombre, porque al verme consciente me dio un golpe que me dejó inconsciente de nuevo. La verdad es que a partir de ese momento intento recordar lo que me pasó. Todavía tengo lagunas en mi memoria, pero ahora estoy en una casa alejada de la civilización de la que no sé nada, y hay una mujer que dice ser mi madre, aunque no la conozco. Tengo de todo en esta casa, pero no sé si debería sentir miedo o no. Ahora solo queda que pase el tiempo para así recuperar mi memoria y mi vida que me ha sido arrebatada.

Apartamento 3H

Mario Porres
(Colegio Los Peñascales,
Las Rozas)

Apartamento 3H

Llovía apaciblemente aquella tarde mientras un débil sol, que comenzaba a salir del manto de espesas y oscuras nubes cargadas de lluvia que cubrían el cielo, atravesaba las gotas, sin formar entonces ningún arcoíris. Yo caminaba por una de las calles principales de la ciudad hacia casa tras un largo día de trabajo. Llegué finalmente al edificio donde vivía. Este era moderno, y con una fachada que imitaba los clásicos edificios de la ciudad. El portero me saludó amablemente al entrar. Dentro, había dos ascensores, un mostrador y un sofá de piel oscura. Llamé a uno de ellos. Con el sonido de una dulce campanilla, las puertas se deslizaron abriéndose. Pasé adentro y pulsé el botón del tercer piso. El edificio tenía seis. Cuando las puertas se abrieron de nuevo tres pisos más arriba, vi los pasillos a los que estaba acostumbrado. Paredes blancas, suelos de madera y numerosas puertas lacadas en blanco con su número y letra al lado. Mi piso era el 3H. Saqué las llaves del bolsillo derecho de mis vaqueros. Introduje la llave en la cerradura y tras girarla dos veces finalmente pasé al interior de mi apartamento. Este no era

extremadamente grande ni lujoso. Estaba dividido en siete estancias. La primera, el salón, era amplio, con suelos de madera y paredes blancas, dos grandes ventanas que permitían una vista a la calle y que la luz iluminase el salón, dos sofás blancos, uno frente a otro y, entre ellos, una mesita baja de café. Había, delante de los sofás, una televisión que en ese momento estaba encendida. Aquello me extrañó, pero me limité a apagarla. En las paredes había estanterías o algún cuadro moderno que trajera de exóticos rincones del planeta durante mis largos viajes por Europa y Asia. Desde el recibidor se podía acceder, de frente, al salón, pero a la derecha estaba la cocina. Esta era bastante grande. Lo más moderno y sencillo predominaba, lo minimalista. La pila, los tiradores y la nevera tenían colores plateados, que brillaban con la luz que entraba por otras dos ventanas, que daban a una calle secundaria y no a la principal. Los armarios blancos añadían luminosidad a la estancia. A la izquierda, un pasillo conducía a dos habitaciones y un aseo. El aseo era sencillo, con suelos de baldosas de cerámica y azulejos blancos en las paredes. Se ventilaba con una minúscula ventana, ahora cubierta por una fina cortina. Olvidando el dormitorio de invitados, nos quedaba mi dormitorio. Este tenía una cama de matrimonio, con suaves sábanas de seda, y un gran ventanal por el que entraba un tenue rayo de luz. Aun así, era bastante lúgubre. No me gustaba en absoluto aquella habitación. Además del ventanal, en una de las paredes había varios armarios. No me sorprendió encontrar una de las puertas del armario abiertas, pues por las

mañanas solía salir con prisa, y dejarme la televisión encendida (veía el telediario por la mañana) o el armario abierto no era tan sorprendente. Lo que me sorprendió realmente fue el hecho de que fuera un armario que siempre había estado cerrado. Miré en su interior con miedo a lo que pudiera encontrar. No había nada, tan solo una pared desconchada y con olor a humedad. No se distinguía nada en ella, tan solo algo de moho al final. Cerré la puerta ignorando todo aquello. Al entrar al baño oí el caer de las gotas de la ducha. Al sonar tanto en el lavabo como en la ducha creaban una extraña melodía. Cerré los grifos y me miré en el espejo. Tenía un aspecto horrible. El pelo despeinado, mis ojos grises llorosos y una expresión de cansancio bastante pronunciada en mi rostro. Miré cómo una toalla resbalaba y caía con un ruido sordo al suelo. Al hacerlo me sobresalté levemente. Aunque lo había estado viendo venir y me lo esperaba, comenzaba a, gradualmente, sentir una extraña sensación de pánico. Me tumbé en la cama y miré alrededor de la habitación. Necesitaba descansar y despejar mi mente. Analicé cada una de las cuatro paredes. La luz del sol creaba un extraño efecto en las puertas de los armarios, y el espejo de puerta entera a mi izquierda, junto a la gran ventana con balcón, reflejaba la puerta de entrada a la habitación y, por consiguiente, el pasillo. En el pasillo la sombra de algo o alguien se desdibujaba en el suelo, haciéndola mucho más prolongada y puntiaguda. Me erguí en la cama y corrí hacia allí para descubrir a quién o a qué pertenecía aquella sombra. Descubrí que era tan solo

el perchero del recibidor, cuya sombra parecía llegar hasta donde el reflejo del espejo alcanzaba. Me encontraba en cualquier estado a excepción del de sosiego. El corazón se aceleraba a una velocidad incontrolable y parecía que en algún momento tendría una insuficiencia cardiaca que me provocaría la muerte. Me desplomé de nuevo sobre la cama en un estado de nerviosismo mayor. Me incorporé y me estiré para abrir las ventanas, de tal forma que entrara algo de aire y así respirar aire fresco, pero, al abrir las ventanas, el viento hacía ondear las blancas cortinas, restándome visión y enredándose en mí y en cualquier cosa que hubiera en la diminuta habitación, provocándome más pavor. En un intento de huir de lo que parecía la habitación de los horrores, corrí al salón. La televisión volvía a estar encendida, pero ahora cambiaba de canal constantemente. El terror me invadió y, antes de que pudiera reaccionar ante aquello, el silbido agudo y repiqueteante de una tetera que había sobre el fuego en la cocina me sobrecogió de tal forma que di un brinco, y me apresuré a refugiarme tras algún mueble. No lo había; por tanto, finalmente, intenté sin éxito mantener la calma. Notaba el corazón en la garganta, latiendo a gran velocidad. Intenté calmarme, pero no podía. Ya no sabía a dónde huir ni de qué huía. El sonido de ambos grifos del baño había vuelto a empezar, con su clásica melodía de gotas cayendo, gota tras gota, y que ahora me parecía tan siniestra, incluso más que antes. El sonido de un piano atravesaba las paredes y se colaba en mi salón. Era una melodía suave que, poco a poco, aceleraba y cuyas notas

más agudas se transformaban sincopadamente en más graves. De la antigua y dulce melodía no quedaba nada; ahora, con acordes a un ritmo diferente y una melodía que combinaba notas agudas con graves, la canción resultaba incluso tétrica. Aquella melodía parecía entrar por todas partes. Pero... ¿estaba realmente sonando un piano?, ¿la estaba oyendo de verdad?, ¿eran solo imaginaciones mías? Oí la madera del suelo crujir. Un chirrido final la acompañaba. El sonido de pasos parecía estar produciéndose por toda la casa. La noche comenzaba a caer en la calle y las tinieblas no hacían más que provocarme una gran inseguridad. La oscuridad empezaba a invadir la estancia y sombras de cualquier cosa presente en las habitaciones avanzaban. Tenía sed, una sed infinita. Sentía cómo se me secaba la boca. Corrí a la nevera, mirando cada uno de los ángulos desde los que podía ser atacado. La abrí y tan solo distinguí una botella de agua, que era la que siempre estaba allí. Grande, de cristal y con el elixir de la vida en su interior. Ignoré el resto de alimentos y recipientes que abarrotaban el frigorífico. De uno de los armarios saqué una copa de cristal. Vertí el agua de la botella, que, con un fino pero caudaloso chorro, la colmó a gran velocidad. Bebí, pero con cada sorbo sentía más cansancio y miedo a lo que me podía suceder con el siguiente sorbo. Experimenté un frío helador y todas mis extremidades me temblaban, causándome un constante malestar. Me quedaba sin aire, y este, fuera, en la calle, golpeaba con furia las grandes ventanas del salón. Las abrí y el aire invadió la estancia, pero continuaba sin poder

respirar, el aire parecía no contener oxígeno. Presa del más absoluto pánico no sabía qué hacer. Apnea, dolor de cabeza, vértigo y confusión. Sufrí todo aquello durante los siguientes minutos. Poco a poco, me sentía más débil y finalmente... cerré los ojos. Ante mi sorpresa, los pude volver a abrir. Con el más absoluto espanto vi cómo una sombra se deslizaba por el recibidor de la casa. Finalmente alguien salió de entre las sombras. Al principio no pude distinguir su rostro con claridad, pero un rayo de luz de las farolas atravesó las ventanas e iluminó su rostro, y logré distinguir quién era. Era aquella mujer que tanto había amado y que con tanto dolor había visto morir, morir en mis brazos sin nada que pudiera hacer yo para salvarla. Su rostro ahora se había tornado en una mueca extraña. Triste, con arrepentimiento... No la recordaba así. Finalmente despegó sus labios.

—Lo siento. —Con un hilo de voz, fue lo único que brotó de sus labios.

Sentí cómo, poco a poco, un sueño mayor se apoderaba de mí, cómo la fuerza escapaba de mi cuerpo, cómo el miedo por la incertidumbre se apoderaba de mí a cada paso que daba. No sabía cómo enfrentarme a ello. Las ideas pasaban fugazmente por mi mente sin casi darme tiempo a procesarlas. Me pesaban los párpados, pero sin apenas respiración y con largos ríos de lágrimas recorriendo mi rostro seguía luchando contra aquella fuerza. Finalmente cedí ante lo inevitable. Vi, sentí, presencié cómo mi cuerpo se separaba de mí. Yo, ahora, siendo un ente o algo de lo que aún desconozco el nombre, me reuní

con ella. No sabía qué había hecho ni qué había pasado, estaba aún más confuso. Pude ver mi cuerpo sin vida, y sentí cómo alguna fuerza nos atraía hacia fuera. ¿Estaba ella ahí de verdad? ¿Era un sueño del que finalmente despertaría? Definitivamente, mis últimos pensamientos antes de la muerte me dieron la respuesta. Estos habían sido mis últimos siete minutos de vida en los que la había visto. El poder reabrir los ojos era parte de lo que mi mente necesitaba para recrear la escena anterior y lo que había ingeniado para volver a verla; lo necesitaba para poder morir y descansar en paz. El miedo, el terror, me habían matado... o, quizás, no habían sido solo estos. Mis oídos lograron captar con mi último aliento de vida el sonido que producía la puerta de mi armario al cerrarse. Finalmente, todo se volvió oscuro. Ahora en la habitación no había nada, se había apagado todo. No quedaba ningún resquicio de nada, salvo oscuridad.

El siguiente

Antonio Sánchez
(IES Gran Capitán, Madrid)

El siguiente

179

«En estos momentos no sé dónde me encuentro. Mi mente está en un limbo. Estoy cohibido, no puedo pensar ni hacer otra cosa. Llevaré en este sitio días, quizás semanas, y solo puedo pensar en ese sonido repetitivo, irritante y desmoralizante. Sonido que me recuerda cuánto llevo en este condenado y oscuro lugar.

»No me acuerdo de cómo llegue aquí. No recuerdo nada desde aquel siniestro día en el que, de la misma manera que yo, empezó a desaparecer gente; primero, *sir* Christopher Rooney y, después, su señora. Por esto sus amigos nos organizamos para ir en su búsqueda después. Recuerdo cómo nos separamos y, después, todo es negro.

»Distingo un olor muy característico. Olor que en la tierra de la que provengo es muy común. La humedad, la profunda y abundante humedad de la que estoy rodeado me inquieta, al igual que me inquieta y me corrompe la maldita gota que cae a mi derecha cada dos segundos exactos. Su persistente sonido al estallar contra el suelo y esparcirse alrededor erosionando la dura e incómoda piedra del suelo, que me sirve de asiento durante horas.

Sé que no estoy solo. Oigo voces por todos lados, gemidos de dolor, gritos de desesperación. Supongo que los estarán torturando o quién sabe. ¿Seré el siguiente?

180

»El único alimento que tengo es una hogaza de pan junto a una copa de lo que parece ser vino. Estoy acompañado de un brillante y solitario cuchillo de plata. Todo esto en una bandeja de reducido tamaño y vieja madera que se encuentra en el mismo sitio al despertarme por las mañanas y con la misma tenue iluminación de siempre. Dentro de este pequeño y recóndito lugar de tres pasos de longitud por dos pasos y tres palmos de anchura en el que me hallo.

»Durante los dos últimos días me he dedicado a buscar una salida, un hueco en la pared, una grieta en la puerta para romperla. No llego a ver qué hay detrás de esa puerta que me separa, ¿de otras más o de la superficie?

»Últimamente he escuchado un sonido que me ha atormentado el sueño. Un gruñido, precisamente no humano, diría yo, sino de algún tipo de animal. El caso es que solo aparece por la noche, como si se pasease por el exterior. He empezado a pensar que estoy enloqueciendo, pero una parte de mí cree que no, que todo lo que estoy viviendo es totalmente veraz y real.

»He empezado a desarrollar una capacidad de observación y de oído fuera de lo natural, lo que me ha llevado a darme cuenta de cosas en las que antes no me fijaba, como poder saber el número exacto de personas que se encuentran en este monstruoso lugar, a partir de las distintas voces y gritos de desesperación. No recuerdo mis

sueños, cosa que antes hacía, y estoy empezando a olvidar recuerdos que se van sustituyendo con unas ganas inhumanas de comer carne.

»Desgraciadamente me estoy acostumbrando a este antro, que se está convirtiendo en mi particular madriguera. Me extraña porque cada vez parece estar más iluminada a pesar de la oscuridad. Sigo preguntándome cómo llegué hasta aquí, pero ya sin recordar nada de antes. No sé si tengo familia, amigos, y lentamente estoy perdiendo el habla. No entiendo qué me está ocurriendo. ¿Estoy muriéndome?

181

»Mi comida ha cambiado. Ahora me sirven carne junto a la hogaza y la copa de vino, y, aún sin cocinar, sigo teniendo las mismas ganas de comerla.

»Definitivamente me estoy volviendo loco. No soy dueño de mis acciones. No controlo mi cuerpo, se apodera de mí un instinto animal. No paro de moverme, mi organismo no va de la mano con mi mente. Soy dos sujetos. Mis teorías eran ciertas, no soy quien era por fuera. Soy ese animal que antes nos aterraba por las noches.

»Pienso en el bien de los demás. Lo mejor sería acabar con los dos al mismo tiempo. Tengo la esperanza de poder salvarnos de alguna manera. No quiero morir, pero la bestia se apodera rápidamente de mi ser. Busco explicaciones, pero no sé cómo he llegado a este punto, hasta que llego al convencimiento de que la culpa es de mi alimento. ¿Le habrán echado algo? ¿Lo manipularon?

»La transformación presiento que está casi completa. Ahora alimentan a la bestia dos veces al día y devora con

ansia el alimento que le echan. Por primera vez, he oído algo que me ha alarmado: tienen pensado soltarnos. Las voces de los que nos tienen encerrados comentan cómo hacerlo. Temo por el futuro de la gente inocente que pueda vivir en las cercanías de este lugar. Poco a poco me he dado cuenta de que podría haber sido víctima de una transformación en un monstruo. Sigo teniendo consciencia sobre los actos animales. Estoy en una dura lucha por obtener el control sobre la bestia.

182

»Me han soltado. Me encuentro en una pradera, y la bestia está corriendo en dirección a una aldea que se divisa a lo lejos. La gente huye al verme como una abominable criatura, peluda, con colmillos como sables de un marfil reluciente y unas garras astilladas y puntiagudas. Huyen al descubrir mi mirada disipada, sin vida, sin control.

»Ellos tienen la culpa. Sus voces, sus gritos me corrompieron hasta llegar a desear mi muerte. Pervirtiéndome de tal manera que salió mi bestia interior, mis paranoias. Ellos, que me encerraron en aquella mazmorra para proteger a los demás, antes que a mí, a mí y a él, con la mala suerte de que me di cuenta. Y no podrán escapar de la bestia de Rooney.

»Ni ellos ni sus descendientes hasta que la bestia tome venganza por su cautiverio con sangre».

Estas son las notas del diario de Edward Warren, *La bestia de Rooney*, que encontré en el castillo familiar que

pertenecía a *sir* Christopher Rooney, psicólogo del siglo XVIII, que murió de forma extraña e inexplicable en Jedburgh, Escocia, el 31 de octubre de 1834.

Empiezo a pensar que a lo mejor por esto mi padre me ocultó hasta su muerte la existencia de este castillo de mi abuelo. Y, en general, toda su vida, en qué trabajaba, a qué se dedicaba.

No puedo comprender cómo se guardó tanto el secreto, ni por qué. ¿Tendrá algo que ver con las cartas de este maníaco? ¿Será mi abuelo el hombre al que tanto odia?

183

Sigo sin encontrar a mi padre, lo que hace que me empiece a creer a este loco y su historia. ¿Seré el siguiente?

Gareth Rooney, nieto de *sir* Christopher Rooney.

Aquí acaba este libro
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso
por personas que aman los libros.
Aquí acaba este libro que tú has leído,
el libro que ya eres.

Los 20 relatos finalistas

Traición

**Felipe Sebastián
Galarza Estrella**

Norman

**Raquel García
Gómez-Monedero**

La purga parisina

**Patricia Herrero
González**

Plumas negras

Ana Salamanca Soto

Preferiblemente
la muerte

Inés Anguiano Vara

Los orígenes

**Juan Enrique
Arambarri Velasco**

Solo un
presentimiento

**Tomás Bonaut
Rodríguez**

Reflejo

**Clara Dueñas
Mínguez**

El pintor

**Eva Figuero
Miravete**

Innombrable

Diego Gallego

En el bosque,
entre la niebla

**Leyre Gallo
Fernández**

El extraño caso
de John Byron

**María González
del Tánago Landín**

Realidades

**Sara de Gregorio
Chavero**

Oscuridad

**Daniel Izquierdo
Sánchez**

En la piel del asesino

Laura López Bravo

Batalla perdida

**Elena Monge
Hermida**

La Bestia del
Conocimiento

**Mario Narváez
Atance**

Lagunas no resueltas

Lorenzo Pérez Ortiz

Apartamento 3H

Mario Porres

El siguiente

Antonio Sánchez

Telefonica

FUNDACIÓN

Hijos
de
**Mary
Shelley**